

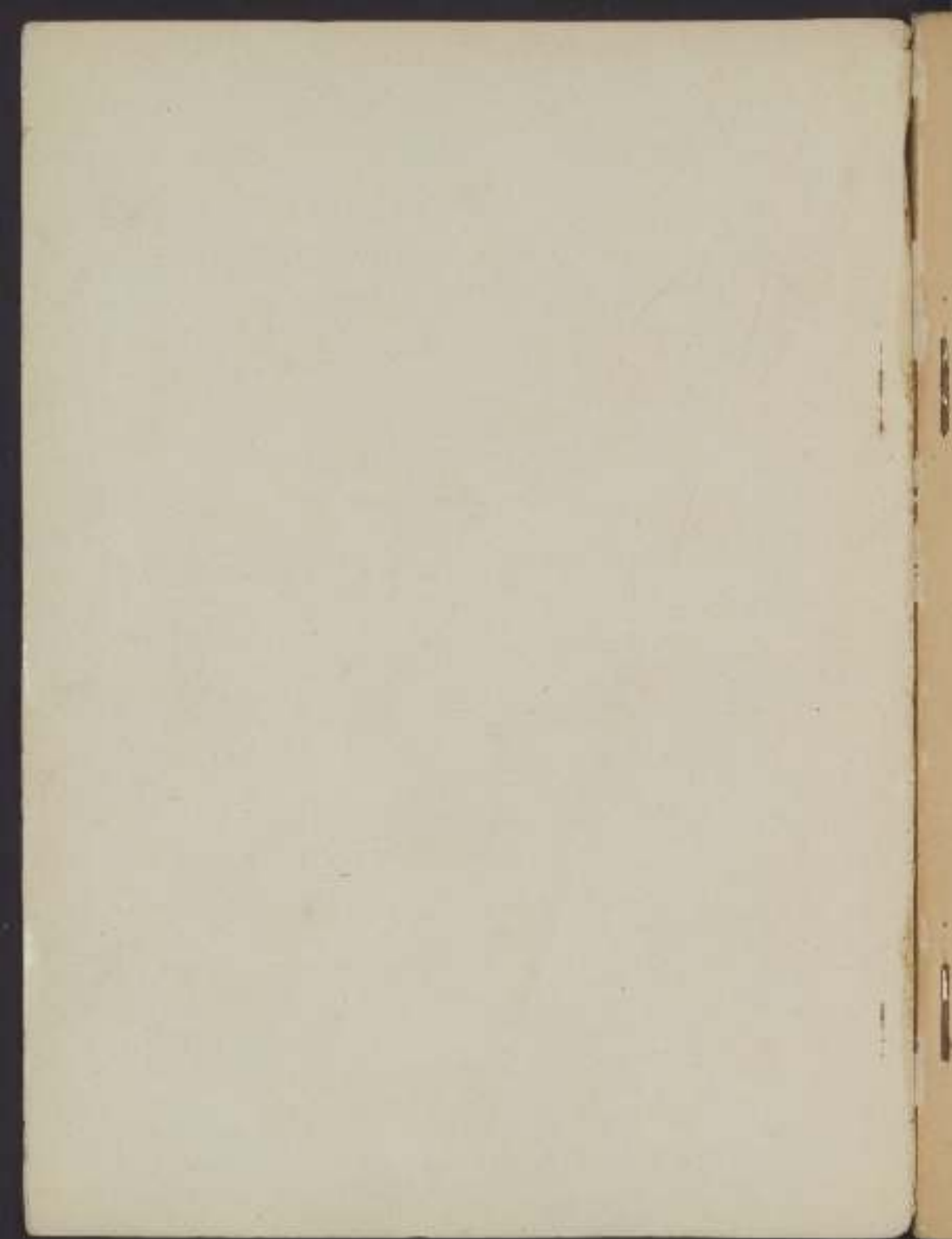
*Argumento de
Adolfo Torrado*

El Hombre de los Muñecos

EDICIONES RISTAGE
250
1954

AMERICAN EDITION

*Freyre de Andrade
Luís de Almeida
M. Sampaio
M. Marinho
Soria*





El hombre de los muñecos

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

EL HOMBRE DE LOS MUÑECOS

Adaptación cinematográfica de la comedia «UN CARADURA»

de

ADOLFO TORRADO

por

H. SANTABALLA VALDÉS

y

RAMÓN TORRADO

Guión técnico y dirección

IQUINO

Producción

CAMPA para CIFESA Producción

Distribución



R. 4392

PRINCIPALES INTERPRETES:

FERNANDO FREYRE DE ANDRADE
GUADALUPE MUÑOZ SAMPEDRO
FRANCISCO MARTINEZ SORIA

Arturo Marín

JUAN P. HIDALGO

María Dolores Valcárcel

Gerardo Esteban

etc.

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

El hombre de los muñecos

Argumento de la película

La feria estaba animadísima. Se amontonaba la multitud en torno a las paradas y se hacía casi imposible entenderse en aquel galimatías de voces entre vendedores y compradores, regateando unos, forzando el precio los otros, chillando todos con esa costumbre tan característica del pueblo que cree que sólo a gritos puede conseguir lo que desea.

Se vendía de todo en aquel conjunto de barracas y casetas; se vendían juguetes y churros, ropa de niño y vestidos confeccionados de hombre, zapatos y bicicletas, patatas fritas y muñequillos de cartón,

todo en una amalgama compleja que hacía aún más difícil el elegir el objeto deseado entre tanta cosa dispar y heterogénea.

Los vendedores ambulantes competían con los que se hallaban instalados tras el mostrador de su barraca y los guardias que estaban destacados en la feria para vigilar lo que pudiera ocurrir, se veían empujados de un lado a otro por el incesante vaivén de la muchedumbre que no se preocupaba ni poco ni mucho de ellos.

Era una ocasión propicia para los maleantes, para los "quincenarios", que nunca faltan en medio de las

grandes muchedumbres, para aprovecharse de los incautos, de los inocentes, de los confiados, cogiendo aquí un bolso de señora, allá una cartera de caballero, acullá un reloj o alguno de los muchos paquetes que los brazos de los compradores no podían sostener y que eran incapaces, por el exceso de la carga, de notar que alguien les aliviaba un tanto de él.

Melchor, enfundado en su raído-simo gabán, envuelto en la bufanda, tiritando, porque ni uno ni otra lo-graban abrigarle un poco de la in-temperie del tiempo, tan raídos y tan viejos estaban, marchaba a paso lento por entre la muchedumbre pregonando su mercancía que lle-vaba colgando de un varal:

—“Pinochos...” “Toribios...” “Ni-canores...” — gritaba, y al propio tiempo se llevaba a la boca uno de aquellos muñecos frágiles que sil-baban y tocaban el tambor al mis-mo tiempo si se soplaba fuerte a través del silbato que servía de ca-balgadura a los muñequillos.

Una gran cantidad de criaturas le seguían y se divertían tanto por la ilusión del juguete como por la facha del que los vendía, un pobre diablo escuálido, famélico, que ofrecía a algún posible comprador uno de sus muñecos insignifican-tes.

—“Pinochos...” “Toribios...” “Ni-canores...”

Temblaba de frío y se frotaba la mano contra la ropa para que en-trara en calor y luego volvía a so-plar por el silbato y hacía repique-tear el tambor al muñequito que pa-recía mofarse también de él, como se mofaban los chiquillos que ve-nían siguiéndole.

Se detuvo un momento al pie de un farol contra el que apoyó el va-ral y entonces se le acercó otro hombre, de mala catadura, que le preguntó con naturalidad:

—¿Tiene lumbre?

Melchor encendió un fósforo y lo acercó al cigarro del que le ha-blaba y mientras tanto, éste, con un gesto rápido, le metió en el bolsillo una cartera.

—Esta te la guardas—le dijo por lo bajo.

Melchor contestó en voz alta:

—No hay de qué... A disponer...

Y de nuevo pregonó su mercan-cía, pero esta vez con más ánimo y con una sonrisa más natural en sus labios escuálidos:

—“Pinochos...” “Toribios...” “Ni-canores...”

Y se fué alejando, alejando cada vez más del lugar donde el hecho se había realizado, tanto, tanto se alejó que no pudo ya escuchar los gritos que daba un caballero que

al ir a pagar las compras que había efectuado se encontró con que acababan de robarle la cartera:

—¡Mi cartera!... ¡Me la han robado!... ¡Aquí, ahora mismo!... ¡Guardias!... ¡Guardias!... ¡Mi cartera!... ¡Mi cartera!...

La gente se apelotonó en torno del que así gritaba, los guardias se abrieron paso entre la muchedumbre, explicó el que había sido robado cómo se había dado cuenta del robo y los guardias, mirando a aquel enjambre humano contra el que nada podían, se encogieron un poco de hombros como diciendo:

—¿Y qué le vamos a hacer? ¿Cómo es posible encontrar entre toda esa gente al que se ha apoderado de su cartera?

Mientras Melchor, ya a las puertas de la feria, se detuvo ante una mujer que vendía sonajeros.

—¡Para el nene y la nena!... ¡A peseta!... ¡Para el nene y la nena! —gritaba haciendo mucho ruido con los sonajeros para llamar la atención.

—¿A peseta?... — preguntó Melchor, mirando, con una sonrisa que le llenaba toda la boca, aquellos sonajeros.

—A peseta.

—¿Y si le compro dos no me hace rebaja?

—¿Y qué quiere que le rebaje, si cada sonajero cuesta más?

Melchor metió la mano en su bolsillo con una expresión ilusionada en su semblante, pero hizo una mueca de disgusto al ver que sólo salían unas perras gordas y un puñado de colillas.

—Otro día será—murmuró, alejándose con pena.

Pero a los pocos pasos se acordó de la cartera que el "Petaca" le había metido en el bolsillo, se arrimó contra una pared, se guareció a la sombra de ella y miró cautelosamente lo que la cartera contenía.

Dió un respingo de júbilo. ¡Si estaba llena de billetes! ¡Podía comprar todos los sonajeros que se le antojasen!

Volvió sobre sus pasos y pidió a la vendedora que seguía vociferando:

—¿A peseta!... ¡Para el nene y la nena!... ¡A peseta!...

—A ver... dos sonajeros.

—¿Me los va a pagar con colillas? —preguntó la vendedora mirándole con recelo, porque le reconoció.

—No; con dos pesetas como dos soles... ¡Ahí van! —replicó Melchor, dando el dinero y quedándose con los dos sonajeros que hizo sonar con un candoroso aire de niño recién nacido.

Un golpetazo dado en su espalda le hizo volver sobresaltado, pero su susto se disipó al reconocer a uno de sus compinches.

—¡Así me gusta, Melchor!... ¡Que te los gastes!... ¿Cómo van los crios?—le preguntó Felipe que era el que le había dado el manotazo.

—¡Estupendos, chico, estupendos!

—Vaya, hombre, me alegro... ¿Qué... vienes a hacer un traguito? La noche está fría y hay que calentarse de alguna manera.

—Si no es más que un momento... acepto.

Cargó con el varal lleno de muñecos y siguió a Felipe hasta la taberna más próxima, donde ya eran bien conocidos, porque allí tenía sus reuniones toda aquella cuadrilla de maleantes que se aprovechaban de los descuidos, que vivían a salto de mata y que estaban siempre ojo avizor para que la policía no les sorprendiera y no les encerrara a la sombra de la cárcel por una temporada demasiado larga, porque las estancias cortas en lo que ellos llamaban su "quinta de recreo", eran algo así como un descanso o unas vacaciones en su azarosa existencia.

El tabernero les recibió con grandes muestras de júbilo, dejan-

do sobre la mesa el periódico que estaba leyendo.

—¡Hola, Felipe!... ¡Caramba, Melchor!... ¡Que sea enhorabuena!... Trac acá esa mano, o mejor dicho, las dos, una por cada vástago... ¡Felicidades, hombre!... ¡Claro, acostumbrado a fabricar muñecos!—le embromó, mientras le estrechaba con efusión las dos manos.

—¿Qué le va uno a hacer!... ¡Cosas de la vida!... Siempre suspirando por un hijo y ahora, de golpe, gemelos...

—Y lo que yo digo — murmuró Felipe, dándose las de gracioso—, ¿para qué querrá unos gemelos un hombre que no tiene camisa?

—¡Has estao bueno, Felipe!—rió el tabernero, haciendo oscilar toda la mole de su estómago que parecía albergar en él todo el vino de su taberna—. Pero mejor ha estao Melchor, haciéndose con dos hijos de una vez. Después de tantos años de matrimonio así tenía que ser. Hay que recuperar el tiempo perdido. Y ahora, con vuestro permiso, voy a seguir leyendo eso del secuestro que trae a la prensa de cabeza.

—Qué... ¿aún no ha aparecido?—preguntó Melchor, mientras vaciaba un vaso de un solo trago.

—Por lo visto, no.

—¡Lo que trae el ser rico!—

EL HOMBRE DE LOS MURECOS

suspiró Melchor, bebiendo de nuevo un buen trago de mal vino—. Nosotros abrimos de par en par puertas y ventanas y no hay quien se atreva a robarnos un hijo ni pa aliviarnos la carga.

—Alguna ventaja tié que tener el ser pobre...

—A ver, a ver, sigue leyendo—dijo Melchor, interesado por el asunto.

El tabernero cogió el diario, buscó con dificultad el punto donde había quedado y leyó en voz alta aunque con algún trabajo:

—...y esta pista demostró que ellos eran los culpables. El lavacoches y el mozo del palacio de la marquesa de Siete Almenas han confesado que se apoderaron del niño a los dos días de nacer, que le han tenido escondido en un sota-banco de la calle de la Cora desde donde, temiendo ser descubiertos, lo trasladaron a la cueva de un tal Curriqui...

—¡Arrca... si a ése le conozco yo! —gritó Melchor poniéndose de pie de un brinco y arrebatando el diario de las manos del tabernero para leer más de prisa aquella noticia sensacional.

Con la voz insegura, porque estaba impresionado, siguió leyendo:

—...de un tal Curriqui, conocido maleante quincenario, quien se

prestó a cobijarlo terminando la faena con un soberbio volapié mientras el público pedía las dos orejas y el rabo..." ¿Pero qué quiere decir todo esto?—preguntó Melchor, rascándose la cabeza sin comprender nada de lo que leía.

—¡Que te has equivocado de columna, pedazo de alcornoque!—le gritó Felipe—. ¿No lo ves?

Melchor ya no veía nada o casi nada, porque el vino, al caer en su estómago vacío, le producía unos vapores que todo lo turbaban. La única idea que le quedaba clara en su cerebro era que el hijo de la señora marquesa de las Siete Almenas estaba en poder de su compinche Curriqui y que aquello podría traerle a él complicaciones.

Pero en cuanto salió de la taberna y el aire frío de la noche le devolvió parte de sus facultades mentales, ya no tuvo más idea que la de llegar pronto a casa para contemplar a aquellos mellizos que le habían llegado cuando ya no esperaba tener hijos, a aquellos dos angelotes que desde la cuna le sonreían con su sonrisa incomprensible para todos los que no tuvieran corazón de padre, pero que a él, que lo tenía y muy grande, le decían tantas cosas.

Mientras Melchor había estado en la taberna bebiendo con sus com-

pinches y enterándose de las averiguaciones que se habían efectuado acerca del rapto del niño de la aristocrática familia, un hombre, con la gorra hundida hasta las cejas y el cuello de la chaqueta subido hasta la barbilla, se deslizó por la escalera de la casa de Melchor y llamó a la puerta de su casa.

Abrió Feliciano creyendo que era Melchor que ya estaba de regreso y dejó escapar una exclamación de sorpresa al ver al recién llegado:

—¿Curriqui!

—¿Y tu marido?—preguntó Curriqui, sin saludar, mirando a todas partes como si la angustia le azusara.

—Vendiendo muñecos por esas calles, como de costumbre.

—¿Y yo que creí encontrarle aquí! Necesito verle.

—¿Es que quieres algo?—indagó Feliciano mirando a Curriqui y al envoltorio que traía en sus brazos.

—Sí... Venía a pedirlos un favor... Que me tengas a este niño, que es de mi hermana. Ha tenido que ingresar en el hospital, ¿sabes?

—¿Qué le ha pasado?

—No sé...—balbuceó Curriqui.—Debe ser una cosa muy grave... Es por esta noche nada más... Yo no sé qué hacer del niño y he pensado

que a ti no te importaría cuidarlo sólo por esta noche.

—No te preocupes, hombre, donde caben dos caben tres—dijo Feliciano dejándose llevar por la bondad de su corazón.

—Dios te lo pagará.

—Que se mejore tu hermana.

—Gracias. Yo creo que... que no será nada... pero entretanto... el niño...

—No te preocupes por él. Aquí estará bien.

Se marchó Curriqui y Feliciano colocó al niño en la cuna, al lado de sus hijos, dejando allí dormidos a los tres angelitos a los que contempló un momento con una mirada llena de ternura maternal.

Al poco rato, haciendo peligrosos zigzags, llegó Melchor, al que el vino había vuelto torpes sus piernas, y entró en su casa sin llamar, puesto que encontró abierta la puerta.

—¡Hola, guapa!—dijo al entrar, dirigiéndose a su mujer con lengua estropajosa.—Toma al estandarte, que me pesa mucho.

—¿Melchor!... Me dijiste que no ibas a beber más...—murmuró Feliciano, apesadumbrada al ver a su marido en aquel estado.

—Y no bebo más... bebo lo mismo...—replicó él, cogiendo una botella que había sobre la mesa y dis-

poniéndose a beber un nuevo trago.

—Melchor, por Dios...—rogó ella.

—¡Déjame!... Me tié que llegar el líquido a los talones... ¡Calefacción central en todos los pisos!

—Por favor, Melchor, no hagas ruido—suplicó Feliciano temiendo que los niños se despertaran.

—¡Hago lo que me da la gana!

—Es que se acaban de quedar dormidos...

Entonces se acordó Melchor de sus hijos, cambió la expresión de su rostro, se dulcificó su mirada y su sonrisa se hizo beatífica. ¡Era verdad que tenía dos hijos! ¡Dos! Dos deliciosos angelitos que habían venido a traer a aquel hogar un poco triste la alegría de su presencia y el afán de su ansia de vida. ¡Dos hijos!... ¿Cómo había podido olvidar que los dos nenes estaban esperándole en su cunita?

Tomó en sus manos dos biberones y se encaminó a la alcoba.

—¡No entres!... Los vas a despertar...—dijo Feliciano, intentando cortar el paso porque le veía demasiado bebido para acercarse a los pequeños.

—Déjame! ¡Son mis hijos!...

Procurando sostenerse lo más tieso posible y no dar traspiés por la habitación, se acercó a la cuna con los dos biberones en la mano, pero se quedó suspenso, se restre-

gó los ojos, se afianzó sobre sus pies, miró a todas partes para comprobar que no eran los ojos los que le hacían chiribitas, y otra vez miró a la cuna con la máxima expresión de asombro:

—O me falta un hiberón o me sobra un niño — dijo, volviéndose hacia su mujer con una mirada desconsolada, como pidiéndole disculpas de que llegara tan borracho que no acertara a saber si en la cuna había dos niños o tres.

Feliciano, un poco turbada, le dijo:

—Yo te explicaré... De eso quería hablarte cuando has llegado... pero como has venido así...

—He venido como todas las noches... El vino que venden en la taberna debe tener algo malo dentro, porque siempre mareas... A lo mejor hasta tiene alcohol...—sonrió, embromando a su mujer.

Pero al verla seria y taciturna, le preguntó extrañado:

—Bueno... ¿qué es lo que tienes que explicarme?

—Verás... antes de llegar tú ha venido el Curriqui y ha traído a un niño, al hijo de su hermana.

—¡¡El Curriqui?! — exclamó Melchor, llevándose las manos a la cabeza con un gesto desesperado.

—Sí... con el hijo de su hermana...

—¿Que este chico es el hijo de su hermana?... ¿Que este niño lo ha traído el Curriqui?... ¡Pero, desgraciada!... ¿Tú sabes lo que acabas de hacer? ¿Tú sabes quién es este niño?

—El ha dicho que habían tenido que llevar a su hermana al hospital, que estaba muy grave... que el niño era de ella... y que él no sabía qué hacer de la criatura...

—¡Toma!... ¡Entérate de quién es ese niño!—gritó Melchor dando a su mujer el diario en el que venía la noticia del secuestro y todas sus incidencias

—¡Qué espantoso!—murmuró la pobre Feliciano, sin salir de su asombro.

—¡Ese canalla del Curriqui nos la ha jugado! ¡Lo trajo para deshacerse de él! ¡Ese niño tiene que salir de esta casa ahora mismo!—ordenó Melchor que se paseaba como un loco por la habitación ante el compromiso en que el Curriqui les ponía habiéndoles dejado a su cuidado al hijo de la marquesa de las Siete Almenas, como lo decía bien a las claras la ropita del nene cifrada toda con la corona de marqués sobre las diminutas iniciales.

—¿Pero dónde le llevamos?

—A cualquier parte.

—No podemos dejarle en medio de la calle.

—No podemos nosotros dejarnos atrapar sin tener culpa.

—¿Qué vamos a hacer?

—No sé... Es decir, sí, ahora mismo salgo a cumplir con mi deber. Yo no quiero puérime en la cárcel por una cosa que yo no he cometido.

Bajó rápidamente la escalera y salió a la calle marchando por ella a toda prisa, azuzado por el frío y por la angustia, pero al pasar frente a la taberna le salió al encuentro el Petaca que, cogiéndole del brazo, le dijo:

—¡Ya era hora, Melchor!... Llevamos dos horas esperando para hacer balance...

—Ahora no puedo detenerme. Tengo cosas más importantes que hacer—se excusó Melchor.

—Tiempo queda para todo. Los negocios son los negocios y lo primero que has de hacer es liquidar con nosotros.

—Te digo que ahora no puedo. Luego os veré — insistió Melchor, obsesionado por sus pensamientos.

—¡No tan de prisa, no tan de prisa!... Que la cartera contenía muchos billetes...

—Os aseguro que ahora no puedo... Que no he gastado nada... Que luego liquidaré...

—¿Es que haces tarde para ir a la ópera? — preguntó con mucha

chunga el Petaca—. Vamos, no te hagas el remolcón y pasa, que esos están muy "moscas" con tu tardanza.

—Bueno, vamos...—rezongó Melchor comprendiendo que no podía escapar de las garras de sus compinches.

Entraron en la taberna y se dirigieron a un pequeño reservado que había tras el mostrador donde un grupo de carteristas jugaba al dominó el dinero que se habían "ganado" en sus correrías por los barrios populosos.

—¡Vamos, al fin has llegado!

—Creíamos que ya no querías nada con nosotros...

—¿Qué te ha detenido tanto tiempo?... ¿Tus nenes? —preguntó otro con acento burlón.

Melchor le lanzó una mirada y no respondió por miedo a que le dieran un guantazo, pues de sobra conocía las bromitas de aquellos "chicos".

—¿Has devuelto ya la otra cartera?—preguntó Petaca, para desviar la conversación, pues le tenía buena voluntad a Melchor y sabía que nunca les había traicionado, aunque le daban una exigua recompensa por la ayuda que les prestaba.

—No me ha dado tiempo... Lo

haré mañana sin falta—replicó Melchor.

—A ver ésta... No está mal... tiene algunos billetes y documentos... Por los documentos te darán lo menos cien pesetas de recompensa—dijo el Petaca, guardándose los billetes y dando a Melchor la cartera con los documentos—. Mira, aquí hay una tarjeta con las señas de su propietario.

Melchor leyó la tarjeta y dió un respingo terrible:

—¿Y a ese tengo yo que devolverle la cartera?... ¡No, en mis días!... ¡Eso sí que no!... ¡Mi mujer no se viste de luto!

—¿Pero quién es?—preguntó Petaca.

—¡Casi ná! —suspiró Melchor, mostrando la tarjeta en la que podía leerse:

"Ignacio Sabaleta, campeón de lucha libre."

Todos soltaron una carcajada que se quedó cortada al aparecer en la puerta el rostro asustado de uno de los compinches que había quedado en el café vigilando la entrada de los que iban llegando y que les dijo con voz ahogada:

—¡La policía!

El Petaca arrojó las carteras detrás de unos barriles y todos se colocaron en torno a la mesa fingien-

EL HOMBRE DE LOS MUÑECOS

do estar embebidos en el juego del dominó.

—Ahora te toca salir a ti—dijo el Petaca a su vecino.

—Ahora os toca salir a todos—replicó la voz del inspector de policía entrando seguido de los guardias—. Os toca salir... con rumbo a la comisaría... ¿estamos? ¡Y cudadito con protestar!... ¡Todos, todos, sin rechistar! ¡Y si hay alguno que se resiste, duro con él!

Los policías, mayores en número y con las convenientes porras en la mano, lograron reducir a aquellos malcantes que intentaban escapar, y, maniatados, les hicieron su-

bir al camión que había de trasladarles a la comisaría.

El último en ser arrestado fué Melchor, que se había quedado hecho un ovillo debajo de la mesa, pero al que descubrió el inspector que de una sola mirada le obligó a levantarse y a seguir a los demás.

—Sí, señor... si no me resisto... Si es que creí que no iba conmigo todo esto... sí, señor, con mucho gusto... Voy en seguida...—murmuró Melchor, andando hacia atrás por miedo a que el inspector descargara sobre él algún golpe para hacerle correr más.

" " "

En su regio despacho, don Lorenzo Lacava, administrador de la señora marquesa de Siété Almonas, abrió el correo y revisaba detenidamente cada una de las comunicaciones recibidas, poniendo en ello un empaque y una prosopopeya que cualquiera hubiera podido creer que estaba despachando el complicado

correo de un Ministro de negocios extranjeros.

Entre todas las cartas le llamó la atención una que venía en un sobre ordinario, escrito con letra tosca, de torcidos caracteres, por una mano torpe, poco acostumbrada a aquel menester.

Don Lorenzo miró con cierta re-

pugnancia el sobre por un lado y otro, extrañado de que pudiera llegar hasta aquella mansión señorial y aristocrática una carta tan plebeya, tanto más cuanto que iba dirigida a nombre de la señora marquesa.

Después de haberlo repasado bien por los cuatro costados, como si se tratara de un bicho raro, se decidió a romper el sobre y a leer el pliego que en él venía, escrito por la misma mano y que, reconstruido, es decir, quitándole todas las faltas de ortografía que contenía y poniendo las palabras en orden, cada una con las sílabas que le corresponden, estaba concebido en estos términos:

"Señora marquesa: Su hijo está en mi poder por extrañas circunstancias. La fatalidad ha querido que no pudiera avisarla hasta hoy, pero le aseguro que el niño que está en mi casa es el hijo de la señora marquesa, pues en toda su ropa se ve la corona sobre las iniciales. Espero dirán a la policía que nosotros nada tenemos que ver con el secuestro, ya que somos los que le devolvemos, sano y salvo, al niño."

Don Lorenzo tuvo que leer cuatro o cinco veces la enrevesada carta para desentrañar el contenido de la misma, pero cuando se cercioró del notición que en ella le daban

pegó un brinco y salió corriendo del despacho, cruzó largos corredores, atravesó salones amplios, se deslizó por la galería, subió la escalinata de mármol que conducía al piso superior del palacio y fué directo a las habitaciones de la señora marquesa.

Le salió primero al encuentro el hermano de ésta, don Eduardo, que detuvo al administrador para preguntarle con aire extrañado al ver su aspecto y la prisa que llevaba, desusada en un hombre que todo lo tomaba con calma:

—¿Adónde va usted tan de prisa?

—¡Venga usted conmigo! ¡Tengo algo magnífico que decir a la señora marquesa!

Eduardo le siguió y lo mismo fueron haciendo cuantos encontraron a su paso: la madre de la señora marquesa, el tío de la señora marquesa, el hermano político de la señora marquesa y toda la servidumbre de la señora marquesa que querían saber qué era lo que llevaba oculto en el pensamiento el hermético y misterioso administrador que no despejaba los labios más que para decirles a todos:

—¡Sígueme! ¡Tengo algo que decir a la señora marquesa!

Pero al llegar a las habitaciones de la señora marquesa, el médico

que la asistía desde que el niño había desaparecido de la casa paterna, se asomó a la puerta de la alcoba de la enferma y, llevándose un dedo a los labios, rogó a los que llegaban:

—¡Silencio!... Acabo de conseguir que la señora marquesa se duerma... ¡Por Dios, no hagan ruido! ¡Sufre tanto la pobre que el sueño es lo único que puede aliviarla de su pena!

—En este caso volveré más tarde. Traía una gran noticia para la señora marquesa—dijo el administrador, volviendo sobre sus talones.

Pero todos sentían tanta curiosidad por saber qué ocurría, que el mismo médico detuvo a don Lorenzo, preguntándole:

—¿Pero qué es lo que ocurre?

—Eso es... ¿qué pasa?—inquirió doña Encarnación, ansiosa.

—Es lo que todos deseamos saber.

—Ya que mi hermana duerme decírnoslo a nosotros.

—¡Claro!... ¡No nos tenga en vilo!

—Diga, diga ya de una vez.

Don Lorenzo les miró a todos por encima del hombro, como persona que se sabe poseedora de un gran secreto, y luego de regocijarse en la curiosidad que había des-

pertado y en el efecto que sus palabras iban a producir, exclamó:

—¡Que ya sé dónde está el niño!

—¡No!...

—Sí.

—¿Dónde?

—¿Cuándo lo ha sabido?

—¿Por qué no lo trae?

—Les ruego que tengan calma, señores—dijo don Lorenzo atajando aquel desbordamiento de pequeñas frases y exclamaciones que el noticia había provocado.

—¿Pero dónde está el niño? Diga, por Dios—suplicó la madre de la señora marquesa casi en un sollozo.

—¡Pronto lo sabrán!... Mientras la señora marquesa duerme voy a ir yo mismo a indagar si es verdad todo lo que se me ha contado. ¡Hasta pronto, señores!

Y en el mismo hermetismo, sin decir una palabra más, dejándoles a todos intrigados e inquietos, salió con la misma prosopopeya con que había llegado hasta allí.

Se hizo conducir hasta la dirección que se daba en la misteriosa carta y subió los acís pisos que le separaban de la casa de Melchor, llamando a la puerta con mucha repugnancia, pues él no estaba acostumbrado a toda aquella mugre y aquella sordidez, puesto que por

EL HOMBRE DE LOS MUÑECOS

algo era el administrador de la marquesa de Siete Almenas.

Feliciano le recibió y, al enterarse del objeto de la visita de aquel caballero, rompió a llorar desoladamente y murmuró:

—¡Ha llegado usted tarde!... ¡El niño murió anoche!

—¡No es posible!—exclamó don Lorenzo a punto de montar en cólera, como si aquella mujer fuera la culpable de la muerte del marquesito.

—Desgraciadamente así es... Ayer le enterramos... Murió en pocas horas... Casi ni tiempo dió de llamar al médico... El pobrecito sufría del corazón...

—¡Pero esto es horrible!... ¡Doña Bernarda se morirá al saberlo!... ¿Y cómo evitar que se entere? ¡Oh, se morirá, se morirá del disgusto!... ¡Es espantoso!

Feliciano se enjugó las lágrimas, tosió un poco, procuró serenarse y, bajando los ojos, como si no se atreviera bien a decir lo que quería decir, murmuró:

—Si usted quisiera, la señora marquesa no tendría que enterarse de la muerte de su hijo.

—¿Cómo?—inquirió el administrador con gesto de extrañeza.

—Es que yo... ¡Dios me perdone!... pero... para que no se enterase el Juzgado de todo ese enredo

del secuestro y de cómo había venido a parar el marquesito a nuestras manos... pues... como yo tengo dos mellizos del mismo tiempo que el niño... di el nombre de uno de mis hijos para enterrarlo...

—¡Ave María Purísima!—exclamó don Lorenzo, asustado.

—Comprendo que ha sido una barbaridad... ¡Pero me daba tanto miedo que me metieran en la cárcel por una culpa que no había cometido!

Feliciano volvía a llorar con desconsuelo, mientras el administrador se paseaba a grandes pasos por la habitación. De pronto se paró frente a Feliciano y le dijo:

—Así, dice usted que le han enterrado con el nombre de uno de sus hijos... ¿no es eso?

—Sí, señor, así es—sollozó Feliciano.

—¡Pues se me acaba de ocurrir una idea genial, señora!... Hasta pronto... Nos volveremos a ver muy pronto, no lo dude... Y creo que será en bien de todos ¡Adiós!

Salió de la casa y Feliciano se quedó llorando con un desconsuelo tan grande, que parecía que en realidad había sentido la muerte del marquesito como si fuera su propio hijo.

Don Lorenzo hizo algunas gestiones encaminadas al fin que en

su cerebro se había propuesto y, como resultado de aquellas gestiones, Melchor, que seguía en la cárcel como consecuencia de la redada hecha por la policía en la taberna la noche misma en que le había dejado en casa el Curriqui al niño robado, se encontró con la sorpresa de que le llamaron particularmente al despacho del comisario.

—¿Eres tú Melchor García Rodríguez? — le preguntó el comisario.

—Sí, señor, pa servirle—respondió Melchor dando vueltas a la gorra entre sus manos nerviosas, porque no podía suponer para qué le llamarían.

—Bien, pues por esta vez estás de suerte... ¿Quedas en libertad?

—Sí, señor—dijo Melchor que no se daba cuenta ni de lo que le decían, sin moverse del sitio.

—¿Pero no entiendes lo que te digo? Que quedas en libertad... Que puedes marcharte.

—¿Que puedo marcharme? ¿Yo?

—Sí, tú, tú mismo... Anda, los guardias te acompañarán hasta la puerta... ¡Y que no vuelva a verte por aquí!

—Sí, señor.

—¿Cómo?

—Digo... no señor... que no volveré por aquí... a lo menos por mi voluntad...—replicó Melchor salien-

do del despacho del comisario y llegando hasta la calle en compañía de los guardias.

—Bueno... ya habéis oído... estoy en libertad, ¿eh?... Conque... podría dejarme... que no me gusta que mis amigos me vean en vuestra compañía—les dijo a los guardias cuando ya se vió en la calle.

Pero apenas le habían dejado éstos se acercó a él un chofer elegantemente uniformado y le preguntó con respeto, gorra en mano, como si se dirigiera al más distinguido caballero:

—¿Ea usted don Melchor García?

Melchor se paró en seco, miró al chofer, abrió mucho los ojos y replicó, tragando saliva porque casi no le salían las palabras:

—¿Don Melchor?... ¿Yo?... No... digo, sí, sí, soy... eso... Melchor García...

—Pues suba usted, haga el favor—dijo el chofer abriendo la portezuela de un auto magnífico.

Melchor contempló a aquel hombre como si estuviera mirando a un loco y comenzó a retroceder en lugar de subir al coche. Tenía miedo, así, sencillamente, miedo. No era posible que él, un pobre diablo acostumbrado a vivir entre la chusma, acostumbrado a las estancias cortas en los calabozos de la comisaría,

porque nunca había llegado a ingresar en la celular, porque no se dedicaba a grandes delitos, sino que no era más que un pequeño satélite de la banda de carteristas y maleantes con los que trataba, tuviera que subir a aquel coche como si fuera un señor de verdad.

Los guardias, que aún estaban a la puerta de la comisaría y contemplaban la escena, soltaron la carcajada y le dijeron, dándole ánimos:

—Vamos, hombre, obedece... ¿No oyes lo que te dicen?... Si ese auto ha venido por ti y ha sido él quien te ha traído la libertad.

Melchor tuvo que creer entonces lo que los guardias le decían y, temeroso, encogido, subió al coche y se sentó al borde del asiento, como si temiera estropearlo con su ropa sucia y raída.

Arrancó el auto, cruzó la ciudad y se adentró por los callejones tortuosos del barrio viejo, hasta que llegaron a su casa, a su propia casa, a cuya puerta se detuvo el coche, bajando de un salto el chofer para abrirle la portezuela y cederle el paso.

—¿Quiere explicarme qué significa todo esto?—preguntó Melchor, haciendo al chofer los mismos saludos que éste le hacía a él.

—Lo ignoro, señor... Cumplo órdenes recibidas, pero ignoro por

qué me las han dado. Que tenga muy buenos días el señor.

—Que tenga muy buenos días el señor... —dijo, a su vez, Melchor con una profunda reverencia.

Y cuando vió que el auto se alejaba, se decidió, entró en el portal de su casa y comenzó a subir la escalera gastada y sombría que conducía hasta su habitación.

Feliciano le enteró de la muerte de uno de sus hijos para que la policía no les mezclara a ellos en el asunto del secuestro.

—Mira; eso es todo lo que queda del heredero de los Siete Almenas —dijo, mostrándole las ropitas del niño y la medallita que llevaba colgando al cuello.

—Pues todo esto hay que entregarlo hoy mismo a la madre del niño y darle la noticia. No podemos quedarnos con ello. Hoy mismo hay que hacerlo—dijo Melchor, mirando la ropa con un respeto y una emoción extraña.

—Pero... ¿tú no te has dado cuenta de lo que pueden valer estas prendas?—insinuó Feliciano acercándose más a su marido y hablándole en un tono que trataba de convencer ya antes de exponer la idea que bullía en su cerebro.

—No te entiendo... ¿Qué valen esas ropas... sin el hijo dentro?

—Oye, Melchor, tengo que hacerte una confesión... ¿Es que el hijo vive! ¿Entiendes?

—¿Qué dices?... No entiendo ná... Si lo has enterrado, ¿cómo puede vivir?—preguntó Melchor con aire bobalicon.

—Digo... que el hijo tiene que vivir... ¿comprendes? Esto que parece que no vale nada ¡es la fortuna para un ser querido!

—Feliciano, cuanto más hablas, menos te entiendo.

—Digo que esta ropa... es el bien-estar para uno de esos dos hijos nuestros... ¿me entiendes ahora?

—¿Qué dices? ¿Qué estupidez de folletín se te está ocurriendo?—gritó Melchor, enfurecido, al adivinar la idea de su mujer.

—No he sido yo, Melchor, quien ha pensado todo esto... Ha sido el propio administrador de la señora marquesa... Dice que en ese palacio se muere esa madre como le digan que su hijo no vive ya... ¿Te enteras?... Y es preciso salvar a la madre... y dar una fortuna a uno de nuestros hijos... ¿te enteras?

—Me entero... ¡Pero eso no será!—dijo Melchor con energía—. Un cambio a costa de un hijo mío... ¡no! ¡jamás! Nuestros mellizos son nuestros, y nada más que nuestros, y se quedarán aquí, con nosotros, a devorar judías toda la vida, a pa-

sar hambre y miseria como nosotros, pero a nuestro lado, al amparo de nuestro cariño... Y a ese administrador le dices que se meta en sus cosas... ¿No estás viendo que sólo busca su conveniencia?

—Y la tuya, Melchor—dijo la voz de don Lorenzo que había estado escondido hasta que llegara el momento oportuno de intervenir en la conversación de los dos esposos.

—¿Qué hace usted aquí?... ¿Qué quiere usted decir?... ¿Qué viene a hacer a nuestra casa?—preguntó Melchor, indignado por la red que le habían tendido y en la que se sentía aprisionado.

—Escucha, Melchor, hace unas semanas esperabas la llegada de un hijo... ¿verdad? Y te nacieron dos cuando sólo esperabas uno... Pues bien, hazte cuenta de que sólo has tenido el que tú esperabas, y que, en lugar de otro... te han mandado de París una cartera repleta de billetes de banco...—dijo don Lorenzo, arrojando sobre la mesa una cartera abultada que contenía algunos miles de pesetas.

—¿No lo ves claro, Melchor?—dijo Feliciano, tentada por aquella proposición tan convincente.

—¡Mira que me estáis coaccionando!—murmuró Melchor, lanzando a la cartera miradas lánguidas, sintiendo la tentación del dinero,

que tantas veces se hace irresistible.

—Date cuenta de que es el porvenir de uno de tus hijos, de que te lo van a criar y a instruir sin que os cueste un céntimo.

—¿Y para qué quiero yo que sepa inglés, si no lo va a hablar conmigo?

—Pero, ¿tú sabes lo que será para ti ver a tu hijo bajando de un lujoso automóvil?

—¿Y su hermano abriéndole la portezuela por dos gordas?... ¡Vamos, que no, que a mí me gusta la igualdad!—replicó Melchor, que no se dejaba convencer fácilmente.

—Al fin y al cabo—intervino Feliciano, más codiciosa que su marido—, es una obra de humanidad lo que vas a hacer.

—¡He dicho que no!... Yo seré todo lo canalla que usted quiera... pero un canalla honrado, ¡caramba! Y eso de ponerle a un hijo mío los pañales de otro, y la cadena del otro, y se pegue la vida del otro... ¡eso que lo haga otro, que yo no lo hago, ea!

Melchor había hablado con tan enérgico tono que Feliciano y don Lorenzo se miraron consternados, pero éste le hizo un expresivo signo, señaló la cartera y demostró con su mirada que él sabía vencer

la obstinación paternal de Melchor.

Unas horas más tarde el administrador de la señora marquesa de Siete Almenas hablaba con la distinguida familia y les contaba cómo había logrado localizar al marquésito y cómo podría la desolada madre recuperar al hijo que creía perdido para siempre.

—¡Denme un abrazo!—decía el hombre con un empaque que le ponía a la altura del más heroico de los capitanes en un día de gran triunfo guerrero—. Y ahora, permítame, doña Bernarda, que yo la abrace a usted. ¡Ya tengo a su hijo! ¡Ya le he encontrado! ¡Ya nadie nos lo podrá arrebatarse!

—¿Pero es verdad? ¿Dónde? ¿Dónde está el angelito? ¿Dónde está mi hijo?—gritaba, loca de júbilo, la marquesa, mujer ajamónada ya, que se había visto favorecida por el cielo muy a deshora con aquel niño que le habían robado.

—Calma, señora, calma... Si no tiene serenidad no será posible llevarla en busca del niño.

—¡Oh, mi hijo!... ¡Mi hijo!... ¡Quiero ver a mi hijo!... ¡Mamá, mamá!—gritó doña Bernarda viéndolo a su madre que venía a ella—. ¡Hemos encontrado al niño! ¡Ya es nuestro otra vez!

—¿Qué dices, hija? ¿Que se ha encontrado al niño? ¿Que podré

volver a besar a mi nieto, tantos años esperado? ¿Dónde está? ¿Cómo está? ¿Quién lo ha encontrado?

—El niño está estupendamente bien, señora, y no hay motivo alguno para inquietarse por él. Pero no lo he traído yo mismo porque prefiero que sea el mismo hombre que lo recogió del arroyo el que lo entregue a los brazos maternos de la señora marquesa.

—¡Oh, sí, sí, vamos pronto! No hay tiempo que perder. Cada minuto que pasa me parece un siglo que me separa del niño. ¡He sufrido tanto creyéndole perdido para siempre! Vamos, vamos pronto. El coche nos espera.

Salieron a la calle y subieron al auto, al mismo auto que había ido a recoger de la cárcel a Melchor, y doña Bernarda recomendó al chofer, como si aún estuviera ella esperando al chiquillo que hacía ya algunas semanas vivía por su cuenta:

—Sobre todo, Ruperto, cuidado con los baches...

Mientras estas escenas se desarrollaban en casa de la marquesa de Siete Almenas, en la mísera vivienda del hombre de los muñecos, del vendedor ambulante de "Pinochos" y "Nicanores", del hambriento y desarraigado Melchor García,

éste, impaciente y nervioso, procuraba dar a la única habitación un poco presentable de la casa un ambiente "acogedor" y "confortable". Iba de un lado a otro colocando bien las sillas desvencijadas, poniendo sobre un banco un almohadón viejo que mostraba todas sus tripas al aire, adornando la mesa con unos búcaros descascarillados en los que lucían unos ramos de flores de papel en las que unas cuantas generaciones de moscas habían dejado la huella de su paso.

—Esto aquí... y esto ahí... Así está bien... No, no, las flores más ladeadas, porque queda así más artístico... Este almohadón para la señora marquesa y ésto para sus acompañantes... Aunque espero no sean muchos, porque si no no vamos a saber dónde hacerles sentar... —iba diciendo Melchor mientras se afanaba en poner un poco de orden en todo aquel ajuar misérrimo y deteriorado por el tiempo.

Y como viera que Feliciano no aparecía, la llamó con un grito:

—¡Eh, tú, que te des prisa, que van a llegar y no estará preparado el peque!

Feliciano apareció llevando al niño en sus brazos, contemplándole con satisfacción y orgullo, sonriendo a aquel pedacito de carne que

EL HOMBRE DE LOS MUÑECOS

palpitaba sobre su pecho con una vida frágil, ávida de cariño y de amor materno.

—¡Miralo, Melchor! — dijo la buena mujer mostrando al niño—. Miralo: más ufano y más majo va que el sol.

—No me atrevo ni a mirarlo... Me da vergüenza imaginar lo que puede pensar el angelito de nosotros... Voy a seguir bebiendo para entonarme...

—¡Pero hombre, por Dios, que no te encuentren bebido esos señores!

—No... es que si no bebo un poco, no se lo voy a dar... Oye, Feliciano, ¿has sorteado entre los dos?... Porque... ¿te imaginas tú la pena que es la diferencia que va a haber entre ellos?...

—Mira, escogí a éste porque fué el primero que se despertó, y, además, porque era el que estaba menor sucio.

Melchor tomó al niño en sus brazos y le miró enternecido, con los ojos húmedos, chispeantes de lágrimas.

—¡La de duros que vas a tirar tú, pequeño! —le dijo haciendo esfuerzos por no romper a llorar. Y como sintiera una humedad cálida a través de los pañales, los apartó un poco y añadió, sonriéndole—: ¡Eso sí que no, caramba, que el ser mar-

qués no te autoriza para que le hagas eso a tu padre!...

—¡Melchor, Melchor, que ya están aquí! —gritó Feliciano que estaba atisbando por la ventana al ver llegar el coche de la marquesa de Siete Almenas.

—¿Ya llegan? — preguntó Melchor, temblándole la voz.

—Sí... sí... ya bajan del coche... Si vieras cómo están chismorreando todas las vecinas... ¡Ya deben estar subiendo la escalera!

Los dos estaban nerviosísimos por la visita, los dos se estiraron un poco el vestido y se colocaron en postura arrogante, así lo creyeron ellos, para recibir a la aristocrática dama.

—Anda, dame al niño —murmuró Feliciano, volviendo a tomar al pequeño en sus brazos.

La marquesa llegaba en aquel momento, acompañada de su madre, del administrador, de don Ramón y del ama de llaves. Todos entraron haciendo comentarios poco halagüeños para la casa.

—¡Qué espanto!

—¡Qué cuchitril más infecto!

—¡Es horrible tanta miseria y tanta suciedad!

—¡Y pensar que aquí ha venido a parar un Siete Almenas!

Don Lorenzo, como habituado ya

al ambiente, fué el que hizo las presentaciones:

—Pasen, pasen... aquí están las buenas gentes que han cobijado al niño, señora marquesa... y aquí está el héroe, nuestro pequeño marquesito, recuperado después del trágico incidente del secuestro. Ese pobre hombre, ese infeliz, misero, desarrapado, inculto, un pingajo de hombre...

—Para presentación yo creo que ya está bien—susurró Melchor en voz baja al oído del administrador, quien, sin hacerle caso, siguió diciendo:

—...es el que ha salvado al niño y al que debemos encontrar vivo y sano al único heredero de Siete Almenas.

—¡Ah, a ver, a ver, quiero ver a mi hijo!—exclamó la marquesa que tenía arranques nerviosos e histéricos, acrecentados desde que el niño había nacido y había tenido que sufrir todo el horror de creérle perdido.

—Aquí lo tiene usted, señora... y ésta es su madre...—dijo Melchor, que, dándose cuenta de que acababa de decir una tontería, añadió precipitadamente:—¡Quiero decir, que ¡ay su madre, qué guapo es!...

—A ver, a ver, déjame ver—dijo la abuela acercándose al niño

que ya estaba en brazos de la marquesa.

—También yo quiero verlo.

—Y yo, y yo...

Todos se precipitaban en torno al niño, tratando de verle la carita que llevaba oculta entre la gorra y el mantón que lo envolvía para protegerle del frío.

—¡Pero qué gordísimo está!...—exclamó la abuela, mirándole emocionada—. ¡Si no parece el mismo!... ¡Con lo delgadito que era cuando nació!

—De veras... ¡si realmente parece otro!—exclamó, a su vez, don Ramón.

—No es extraño... ¡jem... no es extraño...—murmuró el administrador muy azorado— en este barrio los chicos se crían como robles.

—¡Hijo de mi vida!—suspiraba la marquesa estrechando al niño contra su corazón—. ¡Fijaos, fijaos, los ojos son idénticos a los míos.

—Y la risa es toda a su abuelo—añadió la abuelita recordando emocionada a su difunto esposo.

—¡Y la boca!... ¿De quién es esa boca? ¡Si es idéntica a la de su tío!...

Melchor se acercó a Feliciano y le preguntó por lo bajo, muy extrañado:

—Oye, tú... ¿estás segura de que ese niño es hijo mío?... Porque es

que mío no tie ná... por lo que dicen ésoa...

—¡Ay Dios mío, qué alegría, pero qué alegría tan grande volverte a ver en mis brazos!—segula diciendo la marquesa besando al niño una y mil veces como si fuera a comérselo a besos—. ¡Esta alegría no hay dinero que la pague!

—(¡A ver si no nos dan una gorra!)—murmuró Melchor, atemorizado por aquellas palabras que no le auguraban nada bueno.

—¡Ay, soy tan dichosa que no sé lo que hago ni lo que digo!... Eduardo, a ver, gratifica a esas buenas gentes por su acción.

El aludido se acercó a Melchor y le entregó un sobre repleto de billetes de banco.

—Lo que ustedes acaban de hacer no tiene precio, pero les ruego, en nombre de la señora marquesa, que acepten esto para que compartan la alegría que habrá hoy en el palacio de los Siete Almenas.

Melchor cogió el sobre y lo guardó en el bolsillo sin fijarse en él. Estaba visiblemente emocionado. Había llegado el momento en que su hijo iba a salir de su casa para siempre, y en su corazón sencillo y lleno de amor paterno había un dolor que se hincaba en él con fuerza insufrible. Miraba al niño y sentía un ansia loca de correr a él, de

cogerlo entre sus manos toscas y encallecidas, de arrebatárselo a aquella mujer histérica que se lo llevaba para siempre y de decirle toda la verdad, aquella verdad que él conocía, la verdad de que el niño no era hijo de la marquesa, sino suyo, únicamente suyo, carne de su carne y sangre de su sangre, sangre plebeya, pero de su misma sangre, sin que corriera por sus venas ni el más leve átomo de la sangre azul que corría por las de la marquesa.

—¿No está contento del regalo? —le preguntó don Eduardo viendo la actitud de Melchor.

—Sí... gracias... pero... perdonen un momento... Aquí, mi mujer y yo... quisiéramos despedirnos del chico...—dijo con la voz temblorosa y empapada en llanto—. Al angelito, en el tiempo que ha estado a nuestro lado, le hemos tomado cariño... Si nos dejaran darle un beso... sólo un beso...

—¡Pobre gente! ¡Tienen un corazón de oro!—suspiró la abuela emocionada ante la emoción de aquellas pobres gentes.

—Pues claro que les dejamos que le besen—dijo la marquesa, acercándose a ellos con el niño—. Bésenle todo lo que quieran... Al fin y al cabo a ustedes les debe la vida...

—Y que lo diga usted, señora marquesa, y que lo diga—rezongó

Melchor, besando al niño con mucho cuidado, como si temiera hacerle daño con su cara tosca en aquella carita de seda y raso que se movía entre encajes y lanas, envuelto en la gorrita y el pañolón que le cobijaba del frío.

—¡Adiós, rey mío!... ¡Nenito querido!... — sollozó Feliciano besando al chiquillo con toda su alma.

—Vamos, mujer, no llores... ¡aprende de mí a ser fuerte!—dijo Melchor, haciendo unos pucheros muy cómicos para no hacer coro con su esposa y ponerse a llorar como un chiquillo.

La marquesa les miraba a los dos y luego miraba al niño, a su hijo, con una sonrisa de inefable dicha.

—¡Adiós, hijo mío!—dijo Melchor—. Que seas bueno y que te portes bien... Y cuando seas mayor y estés muy alto... no te olvides que has dormido bajo este humilde techo y que nosotros... nosotros... te hemos hecho de padres... ¡Adiós, señor marqués!—añadió, estrechando la diminuta manecuela llena de deliciosos hoyitos—. ¡Que Dios te dé toda la gloria del mundo!

La marquesa fué la que abrió la marcha, llevando siempre al niño en brazos, y la siguieron todos sus familiares que iban charlando como una bandada de cotorras, comentando aquel acontecimiento inusi-

tado que devolvía la dicha al palacio de los Siete Almenas.

Melchor les vió salir, se acercó a la ventana, miró a través de ella y no se movió de allí hasta que les vió subir al auto y a éste perderse en la primera esquina de la estrecha calleja. Tenía los ojos llenos de lágrimas y sentía en el alma una angustia que nunca hasta entonces había sentido, ni cuando el hambre le azuzaba ni cuando el frío se hincaba en sus miembros ateridos, ni cuando la policía le perseguía, ni cuando cumplía condena en los calabozos de la comisaría. No, nunca había sentido aquel dolor y aquella angustia que le desgarraban el alma con crueldad insufrible.

Cuando se apartó de la ventana vió que su mujer había esparcido sobre la mesa todos los billetes de banco que la marquesa les había entregado en pago de su buena acción, y corriendo a ellos con rabia, los manoseó, los tiró por el suelo, los pisoteó sañudamente y dijo, dejando desbordar toda la amargura que le ahogaba:

—¡Vale más mi hijo que todo esto!... ¡Es el muñeco más barato que he vendido en mi vida!... ¡Soy un canalla!... ¡He vendido a mi hijo!... ¡Lo he vendido como si fuera un "Pinocho" más, como si fuera uno de mis muñecos!... ¡El hombre

de los muñecos ha vendido a su hijo, a un muñeco hecho con su misma carne y con su misma sangre!... ¡Soy un canalla!... ¡Soy un canalla!...

Se mesaba los cabellos en un arranque de desesperación y luego, lentamente, entró en la alcoba donde dormía el otro mellizo, ajeno por completo a la tragedia que se desarrollaba en el corazón del desdichado padre, y, arrodillándose junto a la cunita, contempló al niño y susurró entre sollozo y sollozo ahogado:

—Perdóname, hijo mío, por lo

que acabo de hacer... ¡Soy el padre más miserable y más granuja que ha nacido de madre!... Sí, señor, soy un perfecto canalla... ¡Mala suerte has tenido, chaval!... El otro se ha ido, porque lo he vendido yo, y tú te quedas aquí, a pasar hambre y frío y miseria... es verdad, pero tendrás el amor de tus padres... Mientras que el otro... el otro tendrá todo lo que se puede apetecer en la tierra... es verdad... Pero no te importe, chaval, que el mundo da muchas vueltas y si algún día te tropiezas con el marqués de Siete Almenas, puedes pensar con orgullo que lleva tu misma sangre...

* * *

“¡FELIZ CUMPLEAÑOS! — 11 de diciembre de 1942”...

Bajo la corona de marqués, el cocinero, con la manga repleta de chocolate y natillas, iba escribiendo sobre el enorme pastel aquella leyenda. Era el cumpleaños del señorito y había querido la servidumbre del palacio obsequiarle con el pas-

tel de cumpleaños más grande y mejor acabado que hubiera salido nunca de manos reposteras.

Miraba orgulloso su obra el cocinero y luego se volvió a sus compañeros para preguntarles, satisfecho de sí mismo y de su obra:

—¿Qué tal?... ¿Qué os parece?

—¡Estupendo!

—¡Formidable!

—¡Magnífico!

—Bueno, mi obra está terminada. Ahora sólo falta colocar las veintidós velitas. Y tú, Dositeo, ¿te has aprendido bien el verso?

—Naturalmente —replicó el aludido, muchacho simpático, de cara noble y franca, que era a la vez pinche de cocina y ayudante de camarero.

—Pues dílo para que veamos cómo resulta.

Dositeo carraspeó un poco, se enderezó el enorme gorro blanco con que se cubría la cabeza, se tiró bien del delantal y comenzó a decir, haciendo esfuerzos de memoria, porque las ideas, a veces, se le escapaban de la cabeza, decía él que por llevar aquella gran chimenea blanca que las absorbía...

*Al cumplir nuestro señor
de su edad la mayoría,
unimos con emoción
en tan señalado día,
nuestra felicitación
con respeto y alegría
a este modesto presente
que leal cariño expresa
y que lo coma en unión
de la señora marquesa
primos y demás parientes.*

—¡Qué bien has recitado, Dositeo! —suspiró la doncella, entusiasmada, mirando al mozo con unos ojillos vivos y traviesos que aprobaban mejor que sus palabras.

—Sí, ha recitado bien... pero que no olvide que el obsequio es sólo para el marqués —corrigió el cocinero—. De los demás ni hablar... ¡Y muchísimo menos de la marquesa que al cabo de tantos años todavía se cree que le pueden robar a su hijo!... ¡Ah... no puedo sufrir a esa vieja histérica que se empeña en seguir haciéndose la niña!

—¡Chist!... Más bajo, que te van a oír...

—Pues que me oigan. ¿Y a mí qué? ¿O crees que todos somos como Casiano? ¡Yo no le aguanto a esa esmerpento sus manías persecutorias!

—Muy bien... muy bien... muy bien... —dijo la voz de la marquesa que entraba en la cocina en aquel momento— En vez de trabajar se reúnen ustedes para tramar sabe Dios qué siniestros proyectos... ¡Que sea la última vez que les sorprendo reunidos!... En mi casa no tolero reuniones clandestinas...

Todos se habían quedado paralizados al ver a la dueña de la casa frente a ellos, y nadie sabía qué replicar; sólo Pedro se atrevió a decir:

EL HOMBRE DE LOS MUÑECOS

—Señora marquesa...

—Usted se calla... A ver, Nemesio, acérquese...

Nemesio, el cocinero, acobardado después de su bravuconería, dió un paso adelante y esperó la reprimenda de la que se sabía merecedor.

—Vamos a ver... ¿me quiere decir usted qué significa esta novela en el cajón de la mesilla de noche?

Y le mostraba un novelón mugriento con un dibujo en la portada amenazador y terrible bajo el título "La marca del vampiro".

—¡Vamos, responda, responda a mi pregunta!

—Señora... yo...—balbuceó el pobre Nemesio sin saber qué explicación dar.

—Usted es igual que todos. En mi casa no consiento estas lecturas perniciosas. Lorenzo, eche usted al fuego esto inmediatamente... ¡Y pueden dar gracias a Dios de que hoy es el cumpleaños de mi hijo y de que en esta casa hoy todo se perdona!... Pero ahora dígame usted, Dositeo, ¿qué hacía esto debajo del colchón de su cama?—preguntó la marquesa mostrando una ristra de chorizos que llevaba escondida entre los pliegues de su bata.

—Señora... yo... yo...—murmuró el muchacho, rojo como el pimentón

y sudando copiosamente de angustia.

Don Lorenzo vino en su ayuda diciendo:

—Yo le explicaré a la señora marquesa... Dositeo es inocente...

—¿Pero es que estos chorizos no son de mi despensa?—arguyó la marquesa, fuera de tino.

—Son... y no son... verá usted... estos embutidos están envenenados...

—¡Qué espanto!—gritó la marquesa arrojando lejos de sí los chorizos— ¡Envenenados! ¡No querrá usted decirme que se preparaba un atentado contra mi hijo!

—No, señora marquesa... Era solamente para matar a las ratas... Yo mismo encargué a Dositeo que los preparase—dijo don Lorenzo, haciéndose cómplice del muchacho.

—¡Ah, esto ya es distinto!... Todo lo que sea exterminar roedores me parece plausible. Su explicación le indulta, en este caso, pero no en este otro que también quiero solventar ahora mismo... ¡A ver, Agripina!

—Mande la señora marquesa—dijo la doncella un poco asustada.

—Usted y Dositeo me tienen muy descontenta. De hoy en adelante van a procurar contenerse un poco. No me interrumpen. Sé que

ustedes dos se buscan, se asedian, se persiguen...

Era la pura verdad: Dositeo y Agripina se querían, se buscaban... y se encontraban.

—Señora marquesa, eso es que alguien se lo ha chivado a usted— interrumpió Dositeo indignado.

—Señora marquesa, somos novios para casarnos, y no hay nada malo en ello—dijo Agripina para defenderse.

—¡Basta!... A mí no me importaría ese ayuntamiento, pero por estar ustedes tan compenetrados y tan mezclados, el otro día me preparó usted la mayonesa con las sales del baño y tú, Agripina, me friccionaste el pelo con salsa Perriá... ¡Y eso es intolerable! De modo que ya lo saben: en mi casa los novlangos están suprimidos, o, por lo menos, aletargados... Si os guatáis y os buscáis y no aguantáis... os casáis y os vais...

—Señora... yo no abandono a la señora... Yo quisiera, aun después de casada, seguir siendo doncella... —dijo Agripina con ingenuidad.

—¿Qué?... ¡Pero eso no puede ser, hija mía!... ¡Gollerías no... gollerías no!—dijo la marquesa, mientras se alejaba escandalizada de todo lo que en la cocina ocurría.

Cuando se hubo alejado, cada uno

corrió a sus faenas, menos Dositeo que, vigilando cautelosamente para no ser sorprendido, ocultó los chorizos debajo de su delantal, salió al jardín y fué directo a un lugar de la tapia donde un hombre mísero, delgado, famélico, le estaba esperando: era Melchor.

—Padre...—dijo Dositeo bajando la voz—tome usted todo lo que hoy he podido pescar. La marquesa me ha descubierto y gracias a la intervención de don Lorenzo no me ha despedido.

—Dios te lo pague, hijo mío... Y dime... ¿el señor marquês, os trata bien?

—¡Si viera usted lo bueno que es!—exclamó Dositeo con entusiasmo—. Todos le queremos mucho, mucho más que a la señora marquesa, que es una vieja maniática que se cree aún en los quince abríles... ¡Pero el señorito es muy bueno!... Si no fuera porque alguna vez piropes a mi novia... y eso me da mucha rabia...

Se callaron los dos porque escucharon pasos en la arena del jardín y vieron llegar a don Lorenzo quien, con gesto contrariado, se dirigió a Dositeo diciéndole con acritud:

—¡A tu trabajo en seguida!...

¡Hala... hala...! ¡Y que no vuelva a verte por aquí!

Se alejó corriendo Dositeo y entonces don Lorenzo se encaró con Melchor:

—¿Y tú, a qué vienes? ¿No cumplí lo prometido colocando al chico en esta casa? ¿No quedamos en que tú no intentarías ni siquiera verlo? ¡Ya te he dado este mes cincuenta duros!... ¿Qué más quieres?

El desdichado Melchor intentaba hablar, pero no hallaba razones que poder dar a su conducta. Era verdad que había prometido no acercarse a la casa para nada, que no intentaría ver al chico con tal de que pudiera él trabajar en la casa de la marquesa y comer lo mismo que el otro y estar caliente en invierno bajo las mantas y al abrigo de la calefacción... Que pudiera gozar de las mayores comodidades posibles, ya que el otro gozaba de todo lo que podía apetecer... Y él, Melchor, había creído de buena fe que podría vivir sin ver a su hijo, a sus hijos... ¡y ahora comprendía que aquello no era posible!

—Vamos, habla... ¿cuánto necesitas?—insistió don Lorenzo llevando la mano a la cartera.

—No, don Lorenzo, no quiero dinero. ¡No me importa el dinero!...

¡Pero por lo que más quiera no me prive de verlos, aunque sea de lejos!... ¡Es lo único que me queda en el mundo!

—Esto no es lo tratado. Me prometiste no venir aquí para nada. El marqués no te pertenece... y Dositeo, como si no te perteneciera, puesto que ha entrado al servicio de la señora marquesa...

—Si no accede a lo que le pido... lo descubriré todo—amenazó Melchor, que estaba cegado por su amor de padre y que no podía vivir sin ver, aunque fuera de lejos, a aquellos dos pedazos de su corazón.

—Está bien, hombre, está bien... ¿Y ese es el cariño que les tienes a tus hijos? Prefieres verles en medio de la calle, robando carteras, que es el único oficio que tú puedes enseñarles... ¿no es eso?

—¡Canalla!—gritó Melchor enfurecido, saltando al cuello de Lorenzo y agarrotándolo con sus dedos sarmentosos.

Don Lorenzo se defendió y se liaron a puñetazos y mamporros que se descargaban enfurecidamente el uno al otro con toda la saña.

En aquel momento llegaba el marquesito en un magnífico auto acompañado de tres primitas que le bailaban el agua en los ojos tanto por su belleza varonil como por el

título y los millones que a ella iban anexos.

—¿Qué os parece el regalo de mamá?—preguntó José Luis a sus primas, al bajar del auto.

—¡Bárbaro, bárbaro, bárbaro!—exclamó Cuca, que era el prototipo de la niña tonta.

—¡Formidable!... No le falta detalle!—confirmó Piluca, mirando el auto como si ya fuera cosa propia.

—¡Y cómo conduces, primo! ¡Eres bestial, bestial, bestial!

—¡Pero no se os ocurra decir a mamá que hemos venido a sesenta por hora! ¡Ya la conocéis!

—Sí, chico, se cree que aún tienes dos añitos... "no corras, nene, cariñito mío, lucero de tu madre, cielo..."—remedó Mariuca haciendo soltar la carcajada a todos los demás.

En aquel momento se dió cuenta José Luis de que alguien peteaba cerca de la tapia del jardín y corrió allí a separar a los dos hombres, sin saber quiénes eran, con un impulso de su corazón noble y justo:

—¡Quiéto!... ¡Quiéto!... ¡Pero... qué pasa!... ¡Digo que quiéto!

Logró separarlos y se dió cuenta de que era el administrador de su madre el que andaba liado a portazos con aquel pordiosero.

—¡Pero Lorenzo!... ¿Qué pasa?

—Nada, señor marqués...—murmuró el administrador—. Este desgraciado... que le he sorprendido queriendo entrar... sin duda a robar fruta...

—¡Pobre hombre!... ¡Hambre que debe tener!... Toma, dale esto y que se beba una botella a mi salud—dijo José Luis, sin mirar al pordiosero y entregando unos billetes arrugados que sacó de su bolsillo en un gesto natural y simpático.

Y subiendo otra vez al coche dijo a sus primas:

—¡Decidle a mamá que he ido a buscar al padrino! ¡Hasta luego!

Arrancó el auto y Melchor, cogiendo, sin mirarlos, los billetes que le daba don Lorenzo, siguió con la mirada al muchacho, con una mirada agradecida, emocionada, paternal, y, cuando el auto se hubo perdido a lo lejos, llevó los billetes a sus labios, los besó con veneración y los guardó en el bolsillo como si fueran una reliquia.

En el salón de la señora marquesa de Siete Almenas se hallaban reunidos a aquella misma hora algunos parientes e invitados a la fiesta del cumpleaños del marquesito, departiendo acerca del mismo en espera de que la dueña de la casa apareciera para hacerles los honores.

—Yo no sé a quién ha podido



—Melchor, per Dios...



—¡No entres!... Lee vas a despertar...



Ignacio Sabaleta, campeón de lucha libre.



—¿Que puedo marcharme? ¿Yo?



Melchor había hablado con tan enérgico tono que Feliciann
y don Lorenzo se miraron consternados...



—¡Ya deben estar subiendo la escalera!



...Doñito y Agripina se querían, se huían... y se encontraban.



...vió que José Luis pagaba al moletero...



—Además de honrado, discreto...



—¿Cómo se llamas?

—Como usted quiera...



...comió a dos carrillos.



—¡Dios mío! Pero ¿qué te han hecho daño?



...no se dió cuenta tampoco de que Doaltes había estado escuchando toda la conversación...



Doaltes cogió la carta y comenzó a leer...



...la mano se detuvo en el aire ante el grito
que lanzaron todos.



—...tengo el gusto de presentaros a Agripina, mi novia.

EL HOMBRE DE LOS MUÑECOS

salir José Luis. Es un chico que no parece de la familia — decía doña Encarnación.

—¿No me lo explico! Ninguno de nuestros antepasados era como es él.

—Preferir las verbenas a los bailes de gala!... ¡Y en lugar de champán devorar casalla!...

—Pues yo estoy orgulloso de mi sobrino—afirmó don Ramón—. Es un muchacho fuerte, lleno de vida, que no parece hijo de una madre ya madura, sino de una mujer en la plenitud de su juventud y de su fuerza.

—Sí, sí... ¡pero te has enterado de la escenita que ha dado en casa de la de Monteverde?

—Algo ingenioso será, tratándose de José Luis—rió don Ramón, que encontraba bien hecho todo cuanto hacía su sobrino—. ¡Algo de gran espectáculo!

—¡Y qué espectáculo!... A la hora de los postres se quitó el frac, se descalzó y se puso a dar saltos de cortina a cortina, diciendo que era Tarzán, ese indecente que sale en las películas como Dios le echó al mundo.

—¿Y qué perseguía con ello?

—Según él perseguía a la mona Chita... Y al mismo tiempo lanzaba

un grito extraño que nos heló la sangre en las venas.

—Claro, sería el grito de Tarzán. Lo conozco perfectamente — dijo don Ramón, lanzando el grito de la selva—. ¡Aaaaaaa!... ¡Ahá!...

—No, no, no es así, yo lo sé hacer mejor—arguyó otro de los presentes de la señora marquesa—. ¡Ahá... ahá... ahá... aháaaa!

Aquello parecía una casa de locos, pues cada uno quiso lucir su habilidad lanzando al aire el clásico grito de Tarzán que ni el propio Tarzán hubiera reconocido, cuando entró la señora marquesa y, mirando a través de sus impertinantes, preguntó extrañada:

—¿Pero qué están haciendo ustedes? ¿Es que ensayan canto flamenco?... ¡Ah, tendréis que perdonarme por mi tardanza!... Eduardo llega hoy y he estado disponiendo sus habitaciones. ¿Cómo estáis?... ¡Hola, monadas! ¿Dónde habéis dejado a vuestro primo? ¡Estáis monísimas las tres! ¿Cómo me gustaría casar a mi hijo con una de vosotras! — murmuró la marquesa, mientras iba saludando a todos los presentes.

—¡Y a nosotras también nos gustaría casarnos con él! ¿Es tan guapo!—dijo Mariuca.

—¡Es un sol, un sol y un sol!—afirmó la tontísima Cuca.

Melchor, subido en el guardabarrros del coche de José Luis, había llegado con él al aeródromo. No se cansaba Melchor de admirar a aquel hijo suyo tan elegante, tan distinguido, tan mimado por la fortuna. Verdad era que a él le había costado un enorme sacrificio desprenderse del hijo de sus entrañas, pero ahora estaba contento, puesto que le veía convertido en un perfecto caballero.

Se escondió entre los fardos y maletas amontonados en el aeródromo y no perdió de vista a José Luis. Vió como llegaba el avión, como bajaba el padrino, como se abrazaban con efusión y como iban hacia el auto, acompañados del maletero que llevaba todo el equipaje del viajero.

Melchor vió que José Luis pagaba al maletero y guardaba la cartera descuidadamente en el bolsillo de su chaqueta. Una idea veloz como el rayo surcó por su mente y, antes de que pudiera reflexionar

sobre ella, con su agilidad adquirida en muchos años de hampa y de miseria, sustrajo la cartera y la guardó en el bolsillo de su pantalón, acariciándola como si fuera la mano de un ser querido. Ni siquiera se preocupó de abrirla para ver qué contenía, sólo la acariciaba, la acariciaba allí, en la oscuridad del bolsillo, como si en aquella caricia encontrara un deleite, y sonreía para sus adentros pensando que si su idea se realizaba hasta el final iba a ser, al fin, el hombre más dichoso de la tierra.

Sólo al llegar a su casa se dió cuenta José Luis de que le habían robado la cartera. Se lo dijo a su padrino y los dos buscaron por todas partes antes de convencerse de que, realmente, la cartera había desaparecido.

—¡Si supieras cómo lo siento!— decía José Luis, muy preocupado.

—No te desesperes, hombre, quizá te has dejado la cartera en otro traje y ahora no te acuerdas.

EL HOMBRE DE LOS MUÑECOS

—No, no, estoy seguro de que la llevaba. He debido perderla o me la han robado. ¡Si vieras el disgusto tan enorme que tengo!

—¿Llevabas mucho dinero?

—Seis mil pesetas... pero eso es lo de menos... Había unos documentos... y sobre todo a ti ya te lo puedo decir... porque tú y yo nos comprendemos perfectamente... tú, más que mi padrino, eres mi hermano, mi confidente...

—¡Claro, muchacho, claro! Tú y yo somos uno solo...

—¿Te acuerdas de Marina Montojo?

—¿Aquella vicetiple que...? Sí, sí, ya me acuerdo. ¡Muy bonita, muy bonita!

—Pues llevaba una foto de ella dedicada... y por esa foto es por lo que más siento el extravío...

Tuvieron que bajar al salón y, a pesar de la preocupación que la pérdida de la cartera creaba en José Luis, éste bailó y rió con cada una de sus primas y con otras invitadas que también tenían preparado el anisuelo para ver si lograban pescarle.

—Acuérdate, primo, que después de la cena, el primer fox es mío—le dijo Mariuca, muy coqueta, terminado el baile que José Luis le había concedido.

—Y en la mesa te sentarás a mi

lado, ¿verdad? — preguntó Piluca acercándose a él.

—Yo no te digo más que una cosa—añadió Cuca, con los ojos en blanco y muy acaramelada.

—¿Cuál?

—¡Que eres un cafre... un cafre... y un cafre!—afirmó Cuca, encontrando que aquella palabra era el no va más de los piropeos.

José Luis se alejó junto con su padrino y, con mucha sorna, le dijo:

—¿Sabes, padrino, que esta primita me está pareciendo muy sugestiva? ¿Qué opinas tú?

—¡Que eres un idiota, un idiota y un idiota!—replicó el padrino, remedando a Cuca con muchísima gracia.

En aquel momento el mayordomo se acercó al marquesito y le dijo respetuosamente:

—Señor, ahí fuera hay un hombre muy extraño que quiere verle urgentemente.

—¿A mí?... Voy ahora mismo.

El hombre "extraño" era Melchor que venía a devolver la cartera al señor marqués de las Siete Almenas. Había llegado hasta el palacio medroso y emocionado y ahora esperaba en el amplio hall con la gorra en la mano mirando en torno suyo con admiración y sorpresa toda aquella riqueza que le rodeaba.

Vió sobre una de las mesitas un gran retrato de José Luis colocado en marco de plata y se acercó a él para contemplar mejor la efígie de su hijo. No sabía caminar por encima de las alfombras mullidas, y, temeroso de mancharlas con sus alpargatotas viejas, puso en el suelo la gorra y en ella el pie para lograr alcanzar el retrato. En el momento en que lo cogía en sus manos para darle un beso, entró José Luis que gritó:

—¡Ah!... ¿Qué hace usted?... ¡Deje eso en su sitio inmediatamente!

Melchor tuvo un sobresalto y dejó el retrato, más turbado aún de lo que estaba al entrar. José Luis le miró con extrañeza y le preguntó:

—¿Qué es lo que desea? ¿Por qué me ha llamado?

—Vengo a devolver al señor marqués esta cartera que acabo de encontrar — dijo Melchor tendiéndole la cartera que sacó del bolsillo de su pantalón.

—¡Mi cartera!... ¡Qué alegría!

—¿No te lo decía yo que ya la encontrarías? — comentó el padrino que había venido con José Luis.

—Dígame el señor... ¿la cartera contenía bastante dinero, no es verdad? — preguntó Melchor que daba

vueltas a su gorra con un nerviosismo que no lograba dominar.

—Sí, pero no tiene importancia. ya me figuro que la encontraría desvalijada.

—Tenga la bondad el señor marqués de comprobarlo — insistió Melchor.

José Luis contó los billetes con rapidez:

—¡Están todas las pesetas que llevaba, sin faltar ni una! — exclamó con admiración.

—Sí, señor, y tres sellos de cuarenta, que están en el otro lado — corrigió Melchor.

—¡Estoy maravillado! ¡Es un caso de honradez insólito!... Y a lo mejor usted es capaz de no haber comido...

—Sí, señor, hace dos días que no como, pero tengo mucha resistencia. Todo es la costumbre...

José Luis seguía buscando en la cartera.

—¿Te falta algo? — le preguntó su padrino.

—La foto... que no la encuentro...

—¿Le falta a usted algo? — preguntó Melchor, a su vez.

—Sí... una foto... una fotografía de señora...

—¿Una foto así de pequeña, dedicada a usted? — sonrió Melchor con un gesto un poco malicioso.

—Sí.

EL HOMBRE DE LOS MURECOS

—Pues no está, no, no la busque...
—dijo Melchor.

—¿Qué?

—Que... que no está en la cartera... porque la cambié de domicilio... Por ahí la señora marquesa se hallaba presente en el momento de entregársela yo... Aquí está la fotografía, señor.

—Gracias, buen hombre... Además de honrado, discreto... No sé con qué premiarle a usted...

—Con nada... Eso no tiene importancia... ¡Con haber llegado hasta aquí estoy suficientemente pagado!

—Deme esa mano — dijo José Luis, tendiendo la suya con un gesto noble y acogedor.

Melchor titubeó:

—¿Yo la mano... señor marqués?

—¡Y hasta un abrazo, hombre, que bien se lo merece! — exclamó José Luis, abrazando a Melchor que se dejó estrechar por los brazos de su hijo sintiendo que su corazón se reconfortaba en el calor de aquel abrazo, el primero que recibía de su hijo.

—¡Oh, señor marqués, un abrazo de usted... yo no sé si debo!... — murmuraba Melchor con la voz entrecortada.

—Sí, hombre, sí; no tengas miedo... Los marqueses somos hombres como los demás, y sabemos premiar

y agradecer una buena acción como la que tú acabas de hacer.

—¡Dios se lo pague!... Y usted perdonará que me salten las lágrimas... pero es la... la primera vez que abrazo a... que abrazo a un marqués...

—¡Pobre hombre!... ¿Y dices que llevas dos días sin comer?

—Bueno... eso es verdad y no lo es... Anoche, después de treinta horas, tomé un plátano y me hizo daño... ¡Y es que la sobrealimentación me mata! — añadió Melchor, sonriendo en medio de sus lágrimas.

—Pues ahora vas a comer todo lo que quieras. ¿Cuántos hijos tienes?

—¿Yo?... —preguntó Melchor, titubeando, mirando a José Luis con los ojos asustados, pues tenía miedo a traicionarse—. Pues... tengo dos...

—Pues vas a repartir entre ellos estas tres mil pesetas — dijo José Luis, entregándole la cantidad.

—Entonces... deme mil quinientas y estamos en paz... Pues no es dinero lo que yo quisiera —añadió, antes de que José Luis pudiera darse cuenta de la intención que había en su frase anterior—. Usted perdone el atrevimiento, pero yo quisiera algo más... quisiera quedarme en esta casa... de cualquier cosa... de lacayo, de lavacoche, de lo

EL HOMBRE DE LOS MUÑECOS

que sea... por la comida nada más... No quiero dinero... Quiero sólo un cobijo... Estoy solo... soy viudo... y los hijos... no están conmigo... ¿comprende?

José Luis se quedó reflexionando unos momentos. Le daba lástima aquel pobre hombre que le hablaba con lágrimas en los ojos y el acento conmovido. No sabía qué hacer. Su gesto le mostraba que era un hombre honrado, pero su aspecto infundía ciertas sospechas.

—¿Tú qué me aconsejas, padriño?—preguntó José Luis en voz baja a don Eduardo.

—Yo, la verdad, creo que deberías atenderle. ¡Como honradez, no hay duda, y lo demás ya lo irás viendo! No cuesta nada probar.

—Pues bien, sea... Desde este momento eres un criado más en esta casa—dijo José Luis dirigiéndose a Melchor.

—Gracias, gracias, señor...—balbuceó Melchor a punto de caer de rodillas para dar las gracias al marqués.

Este le contuvo y siguió hablando:

—Mi madre es muy exigente con la servidumbre. Espero que no me dejes quedar mal.

—No, señor, no...

—¿Cómo te llamas?

—Como usted quiera...—murmura-

ro Melchor, ya en el colmo de la complacencia.

—¡Hombre!... Algún nombre tendrás—rió José Luis.

—Sí, señor... Me llamo Melchor.

—Bien... Ahora aviso al mayordomo y le daré orden de que se te atienda.

Llegó Pedro a la llamada del señor.

—¿Mandaba el señor marqués alguna cosa?

—Sí, Pedro. Acompañe a ese hombre. Ascádle lo mejor que podáis, dadle bien de comer, que coma todo lo que se le antoje, y buscadle ropa que le vaya bien. Desde hoy será un compañero vuestro.

—Bien, señor—asintió Pedro mirando recelosamente a aquel sarra-pastoso al que tendrían que llamar compañero por expresa voluntad del amo.

Melchor se vió cogido por los criados, despojado de sus ropas viejas y astrosas, metido en una tina de agua casi hirviendo, enjabonado de pies a cabeza, afeitado hasta dejar su cutis terso como una hoja de rosa y peinado y perfumado como un dandy.

Luego, cuando ya estuvo aseado y limpio, tanto que ni él mismo se reconocía, Pedro y su compañero buscaron en el guardarropa del ser-

vicio algo que pudiera irle bien a Melchor.

—Creo que el uniforme del difunto Sebastián le irá bien... Aproximadamente era de su tamaño—dijo Pedro, sacando un traje de calzón corto que Melchor miró con terror.

—¿Me van a poner la ropa de un difunto?—preguntó, receloso.

—¿De qué te asustas?... Los abrigos de la señora marquesa son pieles de animales muertos... Sebastián, al fin y al cabo, era un semejante—argumentó Pedro con aguda filosofía.

—Bueno, pues vengan esas ropas—asintió resignadamente Melchor—. ¿Dónde está el cadáver... digo, la ropa?

—Aquí la tienes y date mucha prisa, que hoy hay mucho trabajo.

—Ya me dirás lo que tengo que hacer.

—Por lo pronto limpiar los ceniceros de la biblioteca.

—¿Podré quedarme con las colillas?—preguntó Melchor, muy ilusionado con la idea.

—¡Pero ese tío es tonto!—exclamó Pedro haciendo un expresivo guiño al otro criado—. Nosotros fumamos puros y bebemos whisky...

—Entonces... ¿tenéis el mismo trato que los señores?—inquirió Melchor en el colmo de su asombro.

—¡Lo que tenemos igual son las llaves, no pasmao!—rió Pedro dejando solo al nuevo criado para que pudiera vestirse tranquilamente.

Luego, comió a dos carrillos.

Terminada la fiesta dada por la marquesa de Siete Almenas en honor de su hijo, se reunieron en la biblioteca José Luis, su madre y su padrino, además del administrador que asistía siempre a todas las reuniones familiares, como si fuera él mismo un miembro más de la familia.

—Mamá—dijo José Luis mientras fumaba apaciblemente un gran cigarro puro que llevaba ya consumido más de la mitad—, tengo que darte una noticia, pero no me riñas.

—¿Qué nueva diablura ha cometido el nene de la casa?—preguntó la marquesa con aquellos arrumacos infantiles que adoptaba para rejuvenecerse y que únicamente conseguían ridiculizarla.

—Acabo de hacer una nueva adquisición sin tu consentimiento.

—Ya sabes que todo lo que tú haces me parece bien. ¿Qué es?—preguntó la madre conforme ya con la opinión de su hijo aun antes de conocer qué era lo que había hecho.

—Vas a disponer de un nuevo criado. ¡Una gran persona, te lo aseguro! ¿Verdad, padrino?

—A mí me parece excelente.

—¿Un nuevo criado? ¿Y cómo os habéis atrevido a contratarlo sin mi consentimiento?

—Ya verás, mamá— ya verás como quedarás encantada con él... ¡Qué guapísima estás esta noche! —exclamó José Luis que conocía el punto flaco de su madre y a veces abusaba de él—. ¡Este vestido te rejuvenece!

—¡Bobo!... ¡Qué más quisiera yo!—sonrió la marquesa muy halagada—. ¡Con qué buenos ojos me miras!

—Te hablo tal como lo siento, mamá; eres la mujer más adorable que he conocido. Y ahora, con tu permiso, vamos a ir a dar un paseo al padrino y yo. Ya sabes que no nos gusta acostarnos sin haber tomado un poco el fresco de la noche. Hasta mañana.

—Hasta mañana, hijo.

Salieron padrino y ahijado y quedaron solos el administrador y la señora marquesa.

—Tiene razón su hijo, señora—comenzó diciendo don Lorenzo, que también alguna vez abusaba en el halago—. ¡Ese vestido que lleva esta noche le quita lo menos diez años!

—¡Qué exageración!... ¿Quiere usted decir que sólo represento veinticinco?... ¡Oh, es usted muy galante, Lorenzo, excesivamente

galante!... Pero veamos, cuénteme ahora eso que quiso decirme antes de ese hombre... —dijo doña Bernarda, arreglándose los pliegues.

—Señora marquesa... lo encontré frente a la verja del jardín hecho una lástima.

—¿Y qué quería?

—Ya se lo puede usted figurar... ¡dínoro! Yo no sé lo que se habrá creído: se le dan mil pesetas al mes y no le alcanzan... ¡El mes pasado se le dieron, además, cinco mil pesetas para la operación y el sanatorio...

—Dele todo lo que le pida, Lorenzo, todo lo que le pida. La alegría de ver a mi hijo todos los días, de tenerle conmigo, de gozar de él, la debo a ese desdichado... ¡y esto no hay millones con que pagarlo! Llévele mil pesetas en nombre de mi hijo y dele todo cuanto le pida, no repare en nada. A él se lo debo todo. El chofer le llevará en mi coche. Quiero que esta misma noche tenga ese pobre hombre lo que desea...

Lorenzo salió de la biblioteca sin darse cuenta de que Melchor había entrado en ella a cumplir con su misión y que había estado escuchado, con el pásmo reflejado en su semblante, toda aquella conversación que a él se refería y que le hacía ver bien claro muchas cosas

que hasta entonces no había logrado entender.

Dió un traspié al caminar sobre la alfombra, tropezó con un mueble y cayeron al suelo los ceniceros que llevaba en la mano.

La marquesa se volvió sorprendida y contuvo un grito de terror:

—¿Qué hace usted ahí?—preguntó doña Bernarda, sin reconocerle.

El administrador, en cambio, al volver la cabeza desde la puerta y ver a Melchor, le reconoció en el acto y tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para no descubrirse y esperó un momento para ver el rumbo que tomaban los acontecimientos.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted ahí?—inquirió la marquesa que no dejaba de mirar al pobre Melchor con una mirada indagadora e impertinente.

—Soy el nuevo criado, señora.

—Acérquese... acérquese...

—Para servir a la señora marquesa—murmuró Melchor avanzando unos pasos con mucho miedo.

—No me resulta usted del todo desconocido... Juraría que su cara la he visto yo en otra parte...

—Pues siempre la he llevado en el mismo sitio, señora.

—Vamos, Lorenzo, vaya a cumplir el encargo que le he dado—ordenó la marquesa viendo que el

administrador se había quedado clavado en su sitio como si se hubiera convertido en una estatua.

Sin articular palabra, pensando en el peligro que para él suponía la presencia de Melchor en aquella casa, dió media vuelta y se alejó sumamente preocupado.

—Veamos, veamos... quiero observar bien su parte física—dijo la marquesa, dando vueltas en torno a Melchor que se encontraba muy azorado—. Anda usted un poco... Ahora vuélvase... Soy muy meticulosa, muy meticulosa... Póngase erguido... Está usted un poco fuera de estuadra... ¡Y sobre todo esas piernas de torero! ¡No puedo soportarlas!

Pulsó el timbre y apareció Pedro.

—¿Llamaba la señora?

—Sí, Pedro. Este hombre no me gusta vestido con calzón corto; tiene piernas de torero y no hay quien las resista. Vístalo de largo... porque la cara la tiene simpática y la mirada noble y dulce... ¿A ver la dentadura? ¿Son todos de usted?

—Y de usted, señora—dijo Melchor muy solícito, mostrando sus dientes. Y para sus adentros se preguntó: "¿Habrá creído que soy un caballo?"

—Bien... pasemos ahora a lo más

importante. ¿Ha servido usted ya?

—Sí, señora; en Artillería—replicó Melchor, muy satisfecho.

—¡Oh, no me comprende!... Lo que yo quiero saber es dónde ha sido usted criado...

—¡Ah, ya! Pues fui criado en la Cabecera del Rastro, hasta los cinco años; luego, me llevaron a...

—¡Basta!... Que no nos ponemos de acuerdo. O yo me explico muy mal o usted no entiende nada de lo que digo. Pasemos a los detalles íntimos, a sus costumbres... A ver si ahí nos entendemos mejor.

—Diga la señora.

—¿Duerme usted mucho?

—Cuatro o cinco horas.

—¿Nada más?

—Es que duermo muy de prisa.

—¿Sufre usted de pesadillas o duerme de una manera corriente?

—Corriente, señora...; sueño los lunes, miércoles y viernes.

—¿Y a eso le llama usted corriente?—preguntó la señora marquesa verdaderamente sobresaltada por semejante anomalía.

—Sí, señora... corriente alterna...—afirmó Melchor, sin inmutarse.

—O es usted demasiado listo... o es usted demasiado tonto... Espero que se vaya usted habituando a las costumbres de la casa... Supongo que sabrá servir correctamente. Vamos a ver, ¿cómo serviría usted

un plato de langosta con dos salsas?

Melchor sintió que la angustia se apoderaba de él. Casi ni sabía que existiera la langosta, y él, lo único que hubiera sabido era romper la cáscara con los dientes, escupirla lejos y comerse buenamente la pulpa sabrosa y exquisita, con o sin ella, lo mismo le daba.

—¡Ilumíname, Señor!—suplicó en su fuero interno—. ¡Aquí sí que me catean!

—Veamos... tiene usted que servir un plato de langosta con mayonesa y vinagreta... ¿Cómo lo haría?

—La mano izquierda a la espalda... la derecha sosteniendo la fuente con la langosta...—comenzó a decir Melchor, actuando conforme iba hablando.

—Bien... ¿y las salsas?

—En la derecha la langosta... en la izquierda la mayonesa... y la vinagreta en... ¡Oh, me falta una mano!... Vuelvo a empezar... La langosta en la derecha, la vinagreta en la izquierda, la mayonesa... ¡Ahora me sobra una salsa!... No, no, si ya sé cómo se hace... la langosta aquí... la mayonesa... la vinagreta...

El pobre Melchor no sabía qué hacer de ellas.

—¡Basta, basta, por Dios, que me maree usted!... Vaya a la cocina y

allí le enseñarán. Buena voluntad no le falta, pero es usted tan bruto que no sé si sacaremos nada en limpio...

—Señora marquesa, si yo ya sé que la langosta va así... y la mayonesa en esta mano y la vinagreta...

—¿Se quiere callar... o quiere volverme loca?—gritó doña Bárbara que no estaba acostumbrada a que nadie la contradijera.

Melchor salió de la biblioteca aturrido, desesperado, continuando con la lección que quería aprender y pensando en cómo sería posible servir a la vez la langosta, la vinagreta y la mayonesa.

Al pasar ante la puerta del despacho de don Lorenzo sintió que una mano lo aprisionaba por el cogote y que de un fuerte empujón le metía dentro, cerrando con violencia la puerta.

Melchor se encontró frente al administrador que le miró con rostro seco y desagradable.

—¿Has tenido la osadía de meterte en esta casa?... ¿Qué haces aquí?

—He venido para estar en el seno de mi familia. ¡Ya estoy entre mis dos hijos: el pobre... y el de cuota!... ¡Eso era todo lo que yo quería! —replicó Melchor, que no sentía timidez alguna ante aquel bellaco.

—¿Y qué te propones con ello?

—Primero vivir al lado de mis hijos... ¡y después desenmascararle a usted!—gritó Melchor con ira.

—¿Conque me daba usted mil pesetas al mes, eh? ¡Y yo me moría de hambre!... ¿Y la operación?... ¿Y el sanatorio?... ¿De dónde ha sacado tanto embuste y tanta trampa para engañar miserablemente a esa pobre desdichada que no tiene más cerebro que una cotorta?

—¡Baja la voz, que pueden oírte!

—Lo que yo digo puede oírlo quien quiera, porque es la verdad, y la verdad siempre ha de lucir... Ahora ya no es como antes... ¡Yo no tengo nada que perder, y usted mucho! ¡Soy capaz de tirar de la manta y descubrirlo todo, todo!... ¿Entiende?

—¡No te atreverás!... Hay algo que te lo impedirá.

—¿Quién?... ¿Tú?... —preguntó Melchor, dispuesto a desafiarle.

—No... ¡tu propio hijo!... ¿Crees que al saberlo no se moriría de vergüenza? ¡Piénsalo bien, Melchor, piénsalo bien!

Melchor no contestó. Aquellas palabras le habían impresionado. Sin replicar salió del despacho de Lorenzo sin darse cuenta de que Desáteo, que había estado escuchando la conversación por la ren-

dija de la puerta, se ocultaba rápidamente tras un pesado cortinón. Melchor estaba demasiado preocupado para darse cuenta de nada y fué a su cuarto para quitarse el uniforme y disponerse a dormir, la primera noche después de muchos años, en una cama confortable y tibia donde no sentiría ni el alfilerazo del frío ni el diente de los insectos que le mordieran las carnes.

Allí fué a encontrarle Dositeo que no estaba menos preocupado que su padre, después de la conversación sorprendida entre éste y el administrador.

—Padre... yo ya no soy un niño, ¿no es cierto?—comenzó a decirle, besándole cariñosamente.

—Cierto, hijo mío, ya no eres un niño y puedes emanciparte de la tutela de tu padre...

—No es esto lo que he querido decir, padre... Oiga, padre, he escuchado todo lo que han hablado usted y don Lorenzo... He oído voces en el despacho del administrador, me he acercado a la puerta, he reconocido su voz y me he quedado a escuchar, temeroso de que quisieran hacerle a usted algún daño... Padre, yo ya soy un hombre. Cuénteme usted lo que sea, que yo sabré comprenderle y perdonarle... ¿Qué ha querido decir don Loren-

zo al afirmar que yo me moriría de vergüenza si supiera eso... eso que usted me oculta... eso que no ha querido contarme nunca?

—Hijo mío... Don Lorenzo no se refería a ti cuando ha pronunciado estas palabras — replicó Melchor muy conmovido, abrazando a Dositeo que también se sentía emocionado.

—Pero ¿qué quiere usted decir? ¿Es que tiene usted otro hijo?... ¿Tengo yo un hermano?... Cuente, padre, cuente. ¡Si desde ahora le perdono cualquier debilidad que usted haya podido tener!...

—Dositeo, hijo mío, escucha. Es una historia triste... Una historia que empiera hace más de veinte años.

Lentamente, con frase entrecortada a veces por la emoción y con fluidez de obseso otras, le fué narrando toda la historia de su nacimiento, de que había llegado al mundo al mismo tiempo que su otro hermano, de cómo habíanse encontrado merclados, sin quererlo, al secuestro del marquesito, de cómo éste había muerto mientras él estaba en la cárcel y de cómo, acuciados por el hambre y hostigados por aquel vil de don Lorenzo, habían vendido a la marquesa uno de los dos mellizos, sin mirar a cuál, cogiendo a uno de ellos al azar y

confiándolo a la suerte, despidiéndose de él para siempre, creyendo tanto él como su madre, que hacían un bien a su hijo, aunque fuera crear una enorme diferencia entre los dos hermanos...

Dositeo escuchó a su padre sin interrumpirle ni una sola vez, si-

lencioso y reconcentrado, pesando cada una de sus palabras y orientándose en aquella enredada madeja tan enmarañada que únicamente el destino mismo que la había enredado podría, acaso, desenredarla algún día.

* * *

A la mañana siguiente José Luis se levantó de muy buen humor, alegre, dicharachero, con ganas de divertirse y de comer mil locuras, con aquel afán suyo de brincar de una cosa a otra con frivolidad de chiquillo malcriado y de muchacho acostumbrado a que la vida se doblegara a él y a todos sus caprichos y obstinaciones.

Vió que hacía buen tiempo, que la mañana estaba fresca y jugosa, que un paseo a caballo le sentaría a las mil maravillas y, vistiéndose el traje de equitación, cogió el látigo y bajó saltando y cantando las escaleras, sacudiendo la barandilla con la fusta como si lo hiciera ya

a los lomos de su caballo favorito.

Cuando ya iba a llegar al hall vió que lo cruzaba, con su pasito menudo y airoso, la doncella de su madre, aquella muchachita coquetuela y salada que le tenía sorbido el seso y a la que venía persiguiendo inútilmente desde hacía mucho tiempo, sin conseguir de ella nada más que desplantes respetuosos, como convenía a una muchacha seria que no puede insolentarse con el amo, pero que puede y debe hacerle comprender que él no debe olvidar nunca sus deberes de caballero.

—¡Eh, nena, nenita!—llamó José Luis desde la escalera.

Y como la doncellita siguiera su camino sin hacerle caso, apresuró el paso, la cogió por una mano y la atrajo hacia sí.

—¡Agripina!... Espera un momento, mujer, que quiero hablarte.

—Buenos días, señorito—replicó la doncella, tratando de desasirse de la mano que la sujetaba.

—No me llames señorito... Ven acá, tonta. ¿Por qué me tienes tanto respeto? ¿No ves que soy joven como tú? Mírame bien... ¿es que te doy miedo? Pero riñete, mujer, riñete, que es como estás más guapa... Mira, mira qué pulsera he comprado para ti. Ven acá, que yo mismo te la ponga.

—¡Por Dios, señorito! ¡Suéltame! ¡Suéltame usted, o grito! —dijo Agripina muy asustada por la actitud del marquesito.

—¡Agripina!—gritó Dositeo que llegaba en aquel momento de la huerta cargado con una cesta de fruta— ¡Agripina!

—¿Qué quieres tú? —preguntó José Luis, contrariado por la inesperada interrupción.

—¡Que deje usted a mi novia!... ¡Que esa pulsera no es para mi novia, ea!... ¡Que yo mismo se la arranque de la mano!—gritó Dositeo haciendo lo que decía, cogiendo con fuerza a Agripina y quitándole de una manotada el brazalete que José

Luis acababa de ceñir a su muñeca.

—¡Ay! ¡Que me haces daño!—se quejó Agripina.

—¡Suéltala, mamarracho!—ordenó José Luis, queriendo agredir al criado.

—¡Dásela ahora mismo!—ordenó, a su vez, Dositeo, dirigiéndose a su novia— Esta pulsera no es para ti... Esta pulsera se la regala usted a cualquiera de esas niñas... de su clase... ¡pero a ésta no! ¿Lo ha entendido? ¡A ésta no!

Dositeo había conseguido hacerse con la pulsera, que arrojó con furia a los pies del marquesito.

Esto, indignado ante la osadía del criado, avergonzado de que el pinche de cocina, el último de sus servidores, se atreviera a hacerle frente, le cruzó la cara con el látigo en un gesto de desdén y de rabia. Lanzó Dositeo un grito de angustia y se abalanzó contra José Luis, pero Melchor, que había acudido presuroso al escuchar las voces que se oían en el hall, se interpuso entre los dos muchachos obligándoles a separarse y arrancando de las manos de José Luis el látigo que éste seguía blandiendo amenazador contra el pinche, que no tenía nada con que defenderse.

—¡Basta!... ¡Basta!... ¡He dicho que basta!—gritó Melchor fuera de

—¡A éste no le pega usted más!

—Pero ¿qué haces tú? ¿Quién eres tú para interponerte ante mí?

—dijo José Luis más enfurecido aún al ver a su protegido contra él.

—¡He dicho que no le insulta y no le pega más, ea!—dijo Melchor, separándoles de nuevo con un empuje del que nadie le hubiera creído capaz.

—¿Pero quién eres tú para...? ¿Tú sabes bien lo que has hecho?—preguntó José Luis procurando contenerse para no cruzar la cara del viejo, por respeto a sus años y a su flaqueza.

—Sí, señor; le he hecho frente a usted... pero no he tenido más remedio que hacerlo —replicó Melchor humildemente—. Y ahora, ahora que ya está usted más sereno, señor marqués, haga usted lo que quiera...

—¿Pero qué pasa? ¿Qué sucede?—preguntó la marquesa, acudiendo con el padrino y el administrador a los gritos y al escándalo promovidos por la riña.

—¿Qué te han hecho? ¿Ha que habéis peleado? ¿Qué ha pasado?—preguntó el padrino, a su vez, extrañado del cuadro que encontraba ante él.

—No ha sido nada, nada... Sólo que estos dos sinvergüenzas se van

ahora mismo de esta casa—explicó José Luis, señalando a Melchor y a Dositeo que se conservaban a respetuosa distancia.

—¡Dios mío!... Pero ¿es que te han hecho daño?... ¿Es que han intentado matarte?—preguntó la marquesa que siempre temía agresiones y persecuciones en contra de su hijo.

—No, no; sólo quiero que se vayan, que se vayan ahora mismo, que no vuelvan a ponerse ante mí... si no queréis que haga un disparate.

—¡Ya lo han oído ustedes!—gritó la marquesa col altivez—. ¡Ahora mismo, sin tardar, se van a la calle!... ¡Los dos a la calle! ¿Lo han entendido?

Melchor, tras un breve silencio, avergonzado y confuso, murmuró:

—Yo quisiera decirle...

—¡Usted no dice nada! ¡No le admito una sola palabra!—ordenó la marquesa.

—¡La culpa la tengo yo, únicamente yo, por haber admitido aquí a ese golfo!

Y se alejó lleno de indignación, empujado por su padrino.

—¡No tolero insultos a mi padre!—gritó Dositeo sin poderse contener, dirigiéndose a la marquesa.

—¿Tu padre?... ¿Pero es que ese hombre es tu padre?...—preguntó la marquesa horrorizada—. ¡Ni un mi-

nuto más en mi casa! ;Fuera, fuera esos dos desarrapados!...

—Desarrapados, sí, desarrapados porque la suerte así lo ha querido... pero sepa usted, señora marquesa... que no somos ni pinche ni criado...

—¡Hijo! ¡Hijo mío! ;Qué vas a decir? —imploró Melchor, temeroso de que Dositeo descubriera el secreto tan celosamente guardado durante todos aquellos años.

—¡Que aquí no se nos humilla más, padre! ;Que no somos ni criado ni pinche, sino que somos el padre y el hermano del señor marqués... de ese jovencuelo desvergonzado que ha tenido la osadía de insultar a su padre y de pagarme a mí! ;Que sepan toda la verdad, padre!... ;Que sepa la señora marquesa que su hijo no es su hijo, sino que es mi hermano, hijo de usted, padre, de usted al que ha llamado golfo y desarrapado!...

—¡Dositeo!... —murmuró Melchor, aniquilado.

—¿Pero qué monstruosidad es ésta? —preguntó la marquesa dejándose caer sobre un sillón como si un rayo la hubiera fulminado.

—Creí que había hablado a un hombre... y ahora veo que me equivoqué. ;Quitate de mi vista! ;No quiero verte más! —dijo Melchor,

recriminando a Dositeo por su actitud.

—Perdóneme, padre... ¡no he podido contenerme! —murmuró el muchacho alejándose lentamente, avergonzado de haberse dejado llevar por un impulso de la sangre.

Melchor le dejó marchar; luego, rompiendo el pesado silencio que se había hecho entre los presentes, se adelantó unos pasos y dijo a doña Bernarda que no salía de su asombro:

—Señora marquesa... por mí nunca se hubiera sabido la verdad. Ahora ya no tiene remedio. No fué mía la culpa, sino de mis hijos...

—Hable usted, Lorenzo, hable usted... ;Quién es este hombre? —preguntó la marquesa a su administrador, pues comprendía que era el único que podía decirle la verdad escueta.

—Este hombre, señora marquesa, es el hombre de los muñecos... ;Se acuerda usted? Es el que encontró a su hijo cuando lo secuestraron. Este hombre tenía dos mellizos de la misma edad del marqués. Su hijo de usted, señora, murió de una rápida enfermedad en los breves días en que permaneció en casa de ese desdichado... y él y su esposa decidieron darle uno de los mellizos...

—¡No es posible!... ;Oh, no es

EL HOMBRE DE LOS MUÑECOS

posible! José Luis tiene casta, tiene raza... ¡Es un legítimo Siete Almenas y Muños de Carvajal!—suspiró la marquesa con mucho énfasis.

—Es un García y García... y va que arde, señora — corrigió Melchor, que tenía la absoluta seguridad de su paternidad.

—¡No puede ser verdad! ¡Todo esto es una vil patraña! ¿Qué dice usted, don Lorenzo?

Don Lorenzo no tuvo valor de contestar. Se sentía, entre todos, el más culpable, porque él había inventado la patraña únicamente para conseguir unas miles de pesetas que se quedaba él en su caja en lugar de entregarlas al hombre de los muñecos, al famélico vendedor ambulante que había vendido a su hijo sólo para conseguirle un porvenir mejor.

Bajó la cabeza y se quedó allí, en espera de que la marquesa le dijera algo. Esta, después de mirarle con desesperación, le gritó, sin poder contenerse:

—Salga ahora mismo de aquí, para siempre!... ¡Vil administrador! ¡Bandidero! ¡Chantagista!

Se secó las lágrimas que bañaban sus ojos, se arrellanó en el sillón, buscó que su cerebro se aclarara y coordinara las ideas que en tropel bullían revolucionadas y sombrías,

y, cuando ya el administrador se hubo alejado, preguntó con la voz fatigada por tanta emoción:

—Y ahora... usted, ¿qué es lo que piensa hacer?

Melchor tardó unos momentos en replicar y luego dijo, firme y sereno:

—Decirle a su hijo toda la verdad y llevármelo conmigo.

—No hará usted tal cosa... No, se lo ruego. Siga usted en esta casa... yo le ascenderé a mayordomo... a administrador... a lo que usted quiera; pero no le diga nada a mi hijo... a su hijo, quiero decir. ¡No me quite lo único que tengo en el mundo! Deje que José Luis siga en su sitio... ¡Ese hijo es mi propia vida! ¡He puesto en él todo mi cariño, todas mis ilusiones!

—Señora... eso ya no es posible. Me lo llevo hoy mismo. Hay que decirle toda la verdad y sacarle de este ambiente que ha envenenado su ánimo. ¡Nunca debía haberse separado de mí... y ahora no se avergonzaría de ser hijo de... de un desarrapado... de un golfo... de...!

Se detuvo. Iba a decir de un "quincenario", pero no tuvo valor para pronunciar aquella palabra que hacía algunos años no le ofendía y que ahora era para él la mayor afrenta, porque llevaba en su alma el germen de la honradez y le en-

loquecía la idea de haber sido un desdichado abocado a toda clase de desmanes.

—Está bien. Tendré valor para todo... Ya le avisaré, Melchor. Sufro tanto que quisiera permanecer sola hasta el regreso de mi hijo... de su hijo, perdón...

Melchor salió y dejó sola a la marquesa de Siete Almenas que, por primera vez en su vida, lloró con un llanto sincero y sin estudio, un llanto que brotaba directo del corazón y abrasaba sus ojos. Era el primer gran dolor que ella experimentaba, el primer gran dolor que desgarraba su vida, porque ella había puesto en José Luis todo su amor de madre y no podía acostumbrarse a la idea de quedar de nuevo huérfana de todo cariño.

José Luis regresó de su paseo a caballo bien entrado el mediodía y corrió a la biblioteca porque el mozo de cuadra, al recogerle el caballo, le había dicho que allí le esperaba la señora marquesa.

—Mamá, ¿me necesitas? — preguntó, entrando con aquella alegría suya que llenaba toda la casa, olvidado ya del incidente que había tenido con los criados, porque su carácter volaba con rapidez de una a otra cosa y no se detenía nunca en nada desagradable.

Y acercándose a su madre la besó

y preguntó, sorprendido al ver el llanto que rodaba por sus mejillas:

—¿Estás llorando? ¿Qué te pasa, mamá? ¿Qué tienes? ¡Yo no quiero que llores! ¿No sabes que te quiero con toda mi alma y que verte sufrir me hace mucho daño?

La marquesa sonrió en medio de sus lágrimas, y antes de que pudiera responder a las palabras de su hijo, unos golpes dados en la puerta de la habitación vinieron a interrumpirlas.

—¡Adelante! — dijo doña Bernarda.

Se abrió la puerta y entró Melchor. José Luis dió un brinco hacia él, como si quisiera agredirle, y gritó exasperado:

—¿Pero aún está aquí este sinvergüenza? ¡Largo, largo de aquí, o no respondo de lo que suceda!

—¡Silencio, criatura! — intervino la señora marquesa con nobleza y dignidad—. ¡Silencio! Vas a perdonar ahora mismo a ese hombre, José Luis.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Le vas a perdonar... y a olvidar todo lo que te hizo, porque ese hombre es...

—... el criado más fiel y más humilde de esta casa, señor marqués... y soy yo quien le ruego que me perdone... en memoria de su señor padre... que Dios tenga en su gloria

—interrumpió Melchor inclinándose respetuosamente y lanzando a doña Bernarda una mirada de súplica.

José Luis miró a su madre y luego a Melchor, y, tras un breve titubeo, replicó:

—Me lo pide usted por quien yo no puedo negarme... ¡Por mi pa-

dre, cuya memoria venero! En su nombre le perdono... Ya ves, mamá, que no soy rencoroso—añadió, besando a su madre con ternura.

Doña Bernarda abrazó a José Luis y miró con agradecimiento a Melchor, mientras un llanto dulce y benéfico aliviaba el dolor de su corazón transido por la angustia de los últimos acontecimientos.

* * *

Unos días más tarde, los criados, asombrados del curso que habían tomado las cosas en la casa, comentaban apasionadamente lo ocurrido, que no acertaban a explicarse.

—¡Hay que ver el plan de vida que lleva ahora Melchor! —decía Isidoro, mientras sacaba lustre a unos dorados.

—Yo no salgo de mi asombro—afirmaba Pedro, el mayordomo—. ¡Por él han echado al señor administrador, que parecía el dueño de esta casa!

—Se acuesta cuando quiere... sale cuando le apetece... se levanta a

la hora que le da la gana. ¡Buena, como que hoy aún no se ha levantado y acaban de sonar las doce!

—Debe estar haciéndose las uñas—comentó con ironía una de las doncellas.

—A mí, lo que más me revienta, es tener que servirle el desayuno. ¡Esto de servir a un ex criado!... Y no se da aires de gran señor cuando entro con la bandeja en la mano!... ¡Como que hay mañanas en que hasta me cohibe!

Efectivamente, Melchor había tomado muy a pecho su nuevo papel y lo desempeñaba con una pro-

piedad de la que él mismo se asombraba. ¡Poder estar en la cama hasta las doce y que le sirvieran el desayuno en el lecho y que le llamaran don Melchor a todo pasto!... Vamos, hombre, que esto no lo hubiera inventado ni aquella simpática muchacha árabe que supo entretener tantísimo tiempo al Sultán con sus cuentos maravillosos...

Se divertía sacándose brillo a las uñas, dejando que el ayuda de cámara le afeitara meticulosamente para que el cutis le quedara más fino, pidiendo el traje que le apetecía y vistiéndose con una calma y una pulcritud que ni un auténtico marqués hubiera conseguido. ¡Pero si ni él mismo se acordaba de aquel Melchor que vendía muñecos por las ferias! ¡Si su difunta pudiera verlo!...

Pero en cambio, no sólo la servidumbre, sino todos los familiares de la señora marquesa estaban indignados por la actitud incomprensible de aquel hombre que había entrado en la casa casi forzando la puerta y que ahora era más que la misma dueña del palacio.

—¡Esto es intolerable!—murmuraba don Eduardo, indignado—. ¿Habéis visto el dominio que tiene ese hombre sobre Bernarda? No hace nada sin consultárselo, y aquí se vive a merced de ese intruso que

manda en todo y en todo se mete.

—Ese tipo es dueño de algún misterioso secreto... no hay duda... Si no no abusaría así de la confianza de Bernarda.

—Bernarda se lo consiente todo.

—Bernarda se lo consulta todo.

—Debemos vigilar de cerca a ese extraño personaje que de pordiosero pasó a criado y de criado ha pasado a señor por obra y gracia de birlibirloque.

—Yo creo que en el próximo consejo de familia deberíamos plantear esta cuestión y ver cómo nos deshacíamos de ese hombre que muy bien puede apoderarse de toda la fortuna de Bernarda, sin contar para nada con nosotros.

La marquesa no estaba ajena a todas aquellas murmuraciones que llegaban a sus oídos desde diversos puntos, y comenzaba a inquietarse, no por ella, sino por José Luis, el cual podría algún día descubrir el secreto que debía ignorar siempre, para no perder el amor de aquel hijo al que, si no le había dado la vida, si le había entregado todo su amor de madre.

Un día planteó la cuestión a Melchor:

—Mi familia sospecha algo. Esta situación se está haciendo insostenible... Se ha tomado usted tantas libertades y tantas prerrogati-

vas que nadie duda de que entre usted y yo hay un secreto que los dos estamos empeñados en no descubrir... Es necesario que usted se aleje de esta casa... Le daré todo lo que me pida...

—¡Ah, vamos, dinero! ¡Dinero! ¡Ustedes, los ricos, creen que con dinero todo se puede tugar! ¿Cuánto paga usted?—preguntó Melchor, que se había acostumbrado a tratar desdefiosamente a la marquesa.

—Primero las condiciones: usted se aleja de esta casa para siempre... pero José Luis queda conmigo.

—Y... a cambio de eso ¿qué cobro yo? —inquirió Melchor con mucha ironía.

—Diez mil duros... ¿qué le parece?

Melchor se puso en pie con un gesto altivo y digno y dijo con la voz firme y serena:

—Guárdese usted su dinero, señora... Ese hijo que ya no es mío, que no fué mío más que unas pocas semanas, usted lo ha educado y lo ha querido y lo ha mimado y le ha dado todo cuanto pudiera desear, mucho más, infinitamente mucho más de lo que le hubiera podido dar yo, pobre miserable, ignorante y saño... Ahora, ese hijo, se avergonzaría de tener un padre como yo... Sufriría él, sufriría usted... y yo no sacaría ventaja alguna de

esos sufrimientos, porque el mal ya está hecho y José Luis no puede querermé. Usted no tiene en el mundo nada más que a él. Yo, en cambio, tengo a mi hijo verdadero, al pinche de cocina, a ese muchacho al que he educado yo, al que yo he alimentado, al que yo he subido con dificultades y penas sin cuento, pero del que he hecho un hombre de bien, apartándolo de los caminos tortuosos por los que yo estaba extraviado y a los que me habían conducido el hambre y la miseria. ¿Para qué vamos a empeñarnos en cambiar el rumbo de las cosas? Señora marquesa... yo le di a mi hijo voluntariamente... y ese hijo es ahora suyo, mucho más suyo que mío. Quédese con él, que él será mucho más feliz a su lado que al mío. Yo me marcharé con Dositeo... y le prometo que nunca más volveré a saber nada de nosotros... Yo doy por bien hecho cuanto la señora marquesa haga...

Y sin añadir palabra salió del salón, tan preocupado, tan pensativo, que no se dió cuenta tampoco aquella vez de que Dositeo había estado escuchando toda la conversación y que estaba en un rincón llorando emocionado por la dignidad y nobleza que descubría en el alma de su padre, del que se sentía tan orgulloso como si fuera un rey.

. . . .

No salió Melchor inmediatamente de la casa. Tenía que esperar la decisión de la señora marquesa y ésta le había dicho que no tomaría resolución alguna hasta después de celebrado el consejo de familia que había de tener lugar unos días más tarde y al que asistiría el notario encargado del protocolo familiar.

Entretanto, Melchor continuaba haciendo su vida de administrador, pero ya no intervenía para nada en los asuntos de la señora marquesa y se mantenía en un margen prudente y comedido que excitó aún más el terror de la familia de los Siete Almenas que veía en aquella actitud una nueva amenaza a sus millones. Si aquel hombre había cambiado de táctica no cabía duda que sus poderosas razones tendría para ello.

Llegado el día del consejo de familia, todos los miembros de la misma se reunieron en la biblioteca y esperaron la llegada del notario.

Cuando éste entró todos se pusieron de pie respetuosamente y el mayordomo fué a avisar a la señora marquesa, que era la única que faltaba para dar comienzo a la sesión.

Mientras esperaban, doña Encarnación dijo a don Ramón:

—Tú debes plantear la cuestión de Melchor. Hoy ha de quedar aclarado este asunto.

—Haré lo que pueda... pero mucho me temo fracasar, porque no me fío de mis dotes de elocuencia.

—Bien, bien, pero tú empieza y los demás te secundaremos.

Entró la señora marquesa de Siete Almenas en la biblioteca, saludó con una inclinación de cabeza a toda su familia y estrechó la mano del notario, y, tomando puesto en el lugar que le correspondía, dijo:

—Cuando usted guste puede dar comienzo el consejo.

El notario se puso en pie, se colocó las gafas sobre la nariz con un

gesto nervioso y abriendo una gran carpeta sacó de ella un grueso fajo de papeles y comenzó a hablar:

—Señora marquesa... antes de pasar a los asuntos ordinarios, tengo el deber, o mejor dicho, la obligación de hacerle entrega de una carta a mi confiada... Está escrita por la mano de una moribunda, en su lecho de muerte. Me la entregó a mí hace algunos años... y me obligó a guardar silencio sobre ella hasta que su hijo cumpliera la mayoría de edad. Hoy que el señor marqués ha llegado ya a su mayor edad, debo entregar a la señora marquesa la carta de referencia.

Doña Bernarda miró el sobre con recelo y preguntó:

—¿Y quién era esa mujer?

—La esposa de un tal Melchor García... un pobre hombre que recogió a su hijo cuando lo secuestraron.

Doña Bernarda palideció y rasgó el sobre con mano temblorosa, y comenzó a leer en voz alta, con una voz que se le abogaba en la garganta:

"Mi respetable señora: En esta última hora de mi vida quiero dejar bien grabada la verdad de una historia amarga. El hijo que a usted le entregué el día que vino a recogerlo de mis brazos, no era su hijo... sino uno de los míos..."

—¡Eso ya lo sabía yo!—exclamó doña Bernarda con el consiguiente asombro de todos los presentes.

"Pero hay algo más grave — siguió leyendo la marquesa que ahora temblaba con mayor terror ante la posibilidad de nuevas complicaciones—. Su hijo, señora marquesa, vive. El que murió fué uno de mis mellizos... El otro pasó a su poder, mientras el suyo auténtico quedaba a mi lado. Quise hacer de mi hijo un marqués... ese es todo mi pecado. Pero ahora deseo que, al cumplir ambos la mayor edad, pase cada uno a ocupar el sitio que le corresponde por su cuna. Desde este momento en que usted lee esta carta, mi hijo luchará por la vida ayudado de las enseñanzas que usted le ha dado, y el de usted gozará a su lado de todo el bienestar y la prosperidad que le corresponde. Averigüe el paradero del que con el nombre de Doniteo García García es su auténtico hijo, marqués de las Siete Almenas..."

La marquesa lanzó un grito:

—¡Doniteo!... ¡Mi hijo!... ¡Mi auténtico hijo el último de los criados!... ¡Ah, Dios mío, Dios mío, yo voy a volverme loca! Pronto, pronto, que venga el pinché a mi lado! ¡El hijo de mi sangre! ¡El hijo de mi alma! ¡Traedme pronto a Doniteo!

—¿Pero qué dice usted, señora marquesa? ¿Que Dositeo García García está en su misma casa?— preguntó el notario que estaba tan asombrado como todos los presentes.

—¡Sí, señor notario, en la cocina haciendo de pinche! ¡Ángel mío! ¡Quién iba a imaginar!...

—¿Pero qué es lo que hace aquí?— insistió el notario que no daba crédito a lo que estaba escuchando.
—¿Qué es lo que hace?

—¡Croquetas!...—replicó la marquesa nerviosísima—. ¡Pronto, que me traigan al pinche, al hijo de mi alma, al pinche de mi corazón!

Todos corrieron en busca de Dositeo; pero Dositeo, a su vez, corría por toda la casa, huyendo de Melchor que lo perseguía, con una correa en la mano, queriendo castigarlo por su mala conducta, y la servidumbre comenzó a perseguir a Dositeo y a Melchor que, después de haber cruzado salones y corredores, subido y bajado escaleras y armado un revuelo enorme, salieron al jardín en busca de más tierra donde poder escapar Dositeo de Melchor y los dos de los demás perseguidores.

La marquesa, fuera de tino, corría también desalada por toda la casa gritando:

—¡El pinche!... ¡El pinche!... ¡Que me traigan al pinche!... ¡Es mi hijo, mi hijo!

Dositeo corría sin cesar, pidiendo a voces socorro, porque estaba seguro de que si su padre le atrapaba descargaría sobre él tan formidable paliza que no lograría volver en sí en unas cuantas horas.

Los criados estaban asustados.
—¡En esta casa todos se han vuelto locos!— dijo Pedro, sin saber a quién atender.

—Pero yo creo que el ataque más fuerte de locura es el que tiene la señora marquesa, que va diciendo por todas partes que el pinche es su hijo.

—¡Hay que avisar al señorito José Luis! ¡Voy a despertarle! ¡Aún debe estar durmiendo!

—¡Socorro! ¡Socorro!— gritaba Dositeo en el jardín, corriendo a todo correr.

—¡Señorito, señorito!— llamó, desde la puerta del dormitorio de José Luis, Pedro.

José Luis, medio dormido, oyó los gritos de socorro y los golpes que daban en su puerta, se asomó a la ventana, saltando precipitadamente del lecho y, al ver en el jardín a todos los de la casa corriendo de un lado a otro como poseídos de un terror colectivo, gritó, alarmado:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Se ha prendido fuego en la casa!

Y echándose una bata salió, también como enloquecido, al pasillo y comenzó a correr sin saber a punto fijo hacia dónde se dirigía ni qué era lo que tenía que hacer.

Salió al jardín, corrió por todos los senderos gritando:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Pero luego volvió a la casa a recoger alguna cosa que le interesaba no perder en el incendio y volvió a su habitación para tomar los esquís y la escopeta de caza.

Cuando volvió a bajar vió que toda su familia entraba en tropel por el hall y se dirigía al salón en el que había ya entrado, saltando por la ventana que daba al jardín, Dositeo seguido de su padre.

La marquesa corrió hacia el pinche de cocina, lo arrebató de las manos de Melchor que había conseguido alcanzarle y descargaba sobre él una solemne paliza, y abrazando al muchacho murmuró llena de enojo:

—¡Te han pegado, pobre hijo mío, te han pegado!

—Señora, es mi hijo y puedo hacer con él lo que se me antojé—dijo Melchor.

—¡Le ha pegado usted a mi hijo!—volvió a suspirar la marquesa.

—¡He pegado al mío, señora!—corrigió Melchor, ya un poco indignado, porque con todo aquel xipizape de hijos comenzaba a perder la paciencia y a no saber a ciencia cierta cuál era el suyo.

—¡No, no, Melchor! ¡Dositeo no es su hijo, sino el mío! ¡Sol de mi vida! ¡Ven, ven a los brazos de tu madre!

El pinche creyó que la señora marquesa se había vuelto loca, pero dejaba que se desahogara a su gusto, mientras la locura le diera por el lado sentimental.

Pero cuando don Ramón se acercó a él y le abrazó a su vez diciéndole emocionado: “¡Mi querido sobrino!”, comenzó a escamarse.

—Pero... pero... —murmuró el pinche mirando a unos y a otros, puesto que no creía posible un ataque de locura colectiva—. ¿Quieren explicarme qué significa todo esto?

—¡Hijo de mi alma! ¡Sol de mi vida! ¡Si el corazón debía habérmelo dicho! ¡Si tienes toda la cara de tu padre!—exclamó la marquesa sin dejar de besuquear al pinche.

—¿De qué padre? —preguntó Melchor que comenzaba a no entender nada.

—¡Del suyo! ¿De cuál va a ser?

—Pero, ¿es que el suyo no soy yo?

—¡Cállese usted y lea, tome!— dijo la marquesa, entregando la carta a Melchor que la devoró en un momento con la consiguiente sorpresa.

Doña Bernarda seguía mimando a su hijo, a su verdadero hijo, al que había tenido cobijado bajo su techo como simple pinche de cocina, y así la encontraron las tres primitas que venían a pasar la tarde con José Luis.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué hace la tía?—preguntó Mariuca, dando un paso atrás al ver la escenita que se estaba desarrollando.

—¡Si está besando al pinche!— exclamó Piluca.

—¡Bestial, bestial, bestial!— murmuró Cuca con su vocabulario reducidísimo.

—Mirad, penas, dejaos de comentarios y leed la carta, para que os enteréis—atajó don Eduardo, entregándoles la carta que acababa de leer Melchor.

—Hijas mías—dijo la marquesa volviéndose a las primitas—, os presento a vuestro auténtico primo... ¿Qué os parece? Toma, ángel mío, toma la carta y léela tú primero que eres el más interesado en conocer su contenido.

Dositeo cogió la carta y comen-

zó a leer para sí, pero Melchor, que aún no quería creer en lo que sus ojos habían leído, le ordenó:

—¡Lee fuerte! ¡Por lo que más quieras, lee fuerte... o te estrangulo!

—¡Cállese usted!

—¡Lee fuerte, hijo mío!

—¡Nada de hijo mío!—replicó Dositeo, que acababa de enterarse que el verdadero marqués de Siete Almenas era él—. ¡Usted ya no es mi padre... entérese bien!

José Luis entró en aquel momento y preguntó a su padrino, asustado aún por lo que él imaginaba que había ocurrido:

—¿Qué, habéis sofocado ya el fuego?

—¡Qué fuego ni qué ocho cuartos! ¡La cartita... la cartita! Pasa, pasa al salón y allí encontrarás el verdadero incendio... Yo voy a prevenir a la servidumbre.

José Luis se acercó al grupo que había en el salón y con un aire estúpido preguntó:

—Pero bueno, ¿es que no ha habido fuego?

—¡Fuego!... ¡Prepárate, porque ahora te vas a quedar helado!—le dijo Melchor, dándole una mirada fulminante.

—¿Cómo te atreves a tutearme? Muchas prerrogativas te ha dado

mi madre, pero de eso a que me tu-
teas... ¿Quién eres tú para...?

—¿Soy tu padre... y no me repli-
ques, porque te tengo unas ganas!
¿Como que si me replicas te voy a
dar todas las bofetadas que no te
he dado en toda tu vida!

—¿Pegarme tú a mí?—gritó José
Luis amenazador, levantando la
mano para descargar un golpe en
la mejilla de Melchor.

Pero la mano se detuvo en el aire
ante el grito que lanzaron todos los
presentes.

—¡No, eso no, eso no!

—Pero ¿queréis explicarme qué
es lo que ha pasado?—suplicó José
Luis bajando la mano y mirándo-
les a todos con angustia, porque
comprendía que algo muy serio ha-
bía ocurrido.

La marquesa abrazó al pinche,
mirando a José Luis creyendo que
aquello bastaría para que el mucha-
cho comprendiera todo lo que ha-
bía pasado.

—¡Pero, mamá!—murmuró José
Luis, escandalizado.

—Yo no soy tu madre.

—¿Cómo! ¿Qué dice? Explíque-
me usted, tío...

—Yo no soy tu tío—replicó don
Ramón, volviéndole la espalda.

José Luis bajó la cabeza anona-
dado y entonces, Melchor, avanza-

do hacia él, le entregó la carta y
le dijo, apiadado de él:

—Toma, hijo mío, lee y entérate.

José Luis leyó la carta una y
otra vez, empapándose bien de su
contenido. Y cuando Melchor, po-
niéndole una mano sobre el hom-
bro, le dijo: "Bueno, Pepito, ahora
ya lo sabes todo... y aquí tú y yo
estamos sobrando... conque, vámo-
nos ya", él reaccionó, y con ener-
gía y emoción replicó:

—No, no. ¡Yo no me quiero mar-
char de aquí! Sea usted quien sea,
yo no me voy con usted, porque yo
no tengo más madre que ésta, que
me ha cuidado y me ha querido y
me ha criado... ¡Yo me quedo aquí,
de lo que sea, que eso no me impor-
ta, pero al lado de ella, que es de
ella de la única que he recibido ca-
riño real!

Melchor se calló un momento,
miró a los dos muchachos, al que
había creído su hijo y al que era
su hijo en realidad, y pensó que él
solo tenía la culpa de haberlos per-
dido a los dos por querer sacar a
uno de ellos de su misera condi-
ción. Luego, bajando la cabeza,
vencido por la cruel realidad de la
vida, murmuró comenzando a ca-
minar hacia la puerta:

—Entonces, adiós... adiós todos,
me voy solo.

—¡No!—exclamó entonces Dosi-

EL HOMBRE DE LOS MUÑECOS

teo en un noble arranque— Usted no se puede marchar solo. Me voy con usted. ¡Usted, para mí, es mi padre! ¡Yo no he conocido más cariño que el que usted me ha dado, ni más hogar que el que hemos compartido tanto tiempo los dos solos, con hambres y con fríos, con miserias y con penas, pero queriéndonos siempre, como nos queremos ahora, padre!

Melchor volvió sobre sus pasos, miró a la marquesa y a los dos muchachos, y dijo sonriendo levemente:

—Señora... a usted la está llamando madre un hijo mío... y a mí me llama padre un hijo suyo. ¿Qué hacemos?

—Que se queden los dos, madre, que se queden. Y tú, José Luis, serás mi hermano en todo. A medias en todo contigo... y así queda liquidado este asunto. ¡Y ahora espera un momento, que quiero liquidar otro asunto que me interesa a mí tanto como éste que acabamos de dejar zanjado con el beneplácito de todos!

Dositeo salió corriendo en busca de Agripina, de su novia, de la moquita de su corazón. Pero la encontró que, llorando, con la maleta en la mano, se disponía a abandonar la casa.

—¡Agripina! — le dijo, lleno de sorpresa—. ¿Qué vas a hacer?

—Me marcho... No puedo seguir aquí después de todo lo que nos acaban de decir.

—¿Que te vas? ¿Es que ya no me quieres?

—Es que ya no puedo quererle... señor marqués—dijo la infeliz muchacha llorando con desconsuelo—. ¡Ya no podemos ser novios! Tú ya no eres un criado como yo...

—¿Pero tú puedes ser una marquesa... como yo! — exclamó Dositeo abrazándola, y sosteniéndola en sus brazos, como si fuera una niña, la llevó hasta el salón y la dejó allí en medio de todos, diciendo:

—Mamá... mis queridos familiares todos... tengo el gusto de presentaros a Agripina, mi novia, y de anunciaros nuestra próxima boda... No tiene sangre azul en las venas, es verdad, pero nos queremos tanto que no podríamos vivir el uno sin el otro... ¡y nos casaremos... si nuestro augusto antepasado no se opone! — añadió con cómica arrogancia, mostrando el retrato del austero Archibaldo, primer marqués de Siete Almenas, que desde su gran tela al óleo pareció sonreír, como sintiendo a que su raza mezclara sangre roja a su sangre azul.

EL HOMBRE DE LOS MURECOS

en aras de un amor santo y sincero que había de hacer dichoso a aquel tataranieto que tantas vicisitudes había pasado desde su cuna y que bien merecida tenía la gloria que iba a alcanzar en brazos de aquella encantadora chiquilla que no desmerecería de los blasones de Siete Almenas, porque sus ojos grandes y vivos valían, por sí solos, todas las Almenas de los cuarteles del escudo de la nobilísima familia.

FIN

Novelas en existencia:

SERIE "TRIUNFO"

- Barrios de Nueva York, por Jackie Cooper y Martin Selman.
Amor insolente, por Lilian Harvey y Louis Jourvet.
El conillito y la dama, por Rosita Moreno.
Redención, por Warner Baxter y Wallace Beery.
Cuando me siento feliz, Noche de estruendo y Cuatro revoltosos. (Serie Trio).
El secreto de Chan, Charlie Chan en la pista, Charlie Chan en la Opera (Serie Trio).
Mister Wang en el Barrio Chino, por Boris Karloff.

Precio: 2'00 ptas.

- Miguel Strugoff, o El Carrus del Zar, por A. Wohlbruck y Ivetta Lebon.
Canción de cuna, por Dorotea Wlack.
El pequetinele, por Felipe y Lucien Baroux.
Carnet de baile, por Marie Bel, Harry Bour y Reimu.
El sueño de Butterfly, por Maria Gebotari y Fasco Giachetti.
Doctor Intruso, por George Sanders y M. Mac-Guire.
La ruta sin fin, por Victor Francen y Marcelle Chantal.
Suprema decisión, Edwige Fouillara.
Su Exsistencia al Mayordomo, por Maria José Simó, Luis Prendes, Michel.
Legión de bronce, por Renée Henderson, Matilde Schier y Noélla Aiza.
Su nombre en los periódicos, por Margaret Lockwood, Berry Barnes.
El séptimo cielo, por James Stewart y Simone Simon.
Adorable Intruso, por Judy Canova.
Esa que llaman amor, por Annabella y Henry Fonda.
Una entre un millón, por Sonja Henie y Don Ameche.
Caminito de gloria, por Libertad Lamarque.
El caballero del antifaz, por Gino Cervi y Lina Ferdo.
La ley sagrada, por Micheline Presley y Marcelle Chantal.
Vuelta al ayer, por Clive Brook y Anna Lee.
La vida de Carlos Gardel, por Hugo del Carril.
La blanca paloma, por Juanita Reina y Tony D'Algy.
48 horas, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.

Siempre majaron, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.

Su ha perdido un cadáver, por Roberto Font.

La niña está loca, por Josita Hernán e Ismael Merlo.

Por otro querer, por Bárbara Stanwyck y Herbert Marshall.

Luz en las tinieblas, por Alida Valli y Franco Giachetti.

Melodías eternas, por Gino Cervi y Conchita Montenegro.

Historia de una noche, por Sabina Olmos y Santiago Arrieta.

Lydia, por Marie Obeira.

Chicago, por Tyrone Power y Alcy Payne.

Resaca la ilusión, por Anna Mariscal e Ismael Merlo.

Precio: 2'50 ptas.

SERIE "PRODUCCIÓN ESPAÑOLA"

- San Angelico, por Lina Yegras.
La hermana San Sulpicio, por Imperia Argentina.
Noblesse Oblige, por Imperia Argentina.
La Dolorosa, por Agustín Godoy.
La hija de Juan Simón, por Pilar Muñoz y Carmen Amaya.
Bajo dos banderas, por Claudette Colbert y Ronald Colman.
El negro que tenía el alma blanco, por Marina Barreto y Antonia Colomé.
El cura de aldea, por Mary del Carmen y Juan de Orduña.
Marina Clara, por Imperia Argentina.
La Dolores, por Conchita Piquer.
Santa Rosalia, por Rafael Rivellos, Juan de Landa y Mimi Muñoz.
El 13.000, por Josita Hernán y Rafael Durán.
Palixón a bordo, por Lina Yegras.
Ecuadrilla, por Alfredo Mayo.
Alma de Dios, por Amparito Rivellos.
Su hermano y él, por Antonio Vico y Enrique Guitart.
Tasco, por Imperia Argentina.
Sarasota, por Alfredo Mayo.
Pimentillo, por Josita Hernán y Rafael Durán.
La doncella de la Duquesa, por Carmen Gracia y Luis Peña.
Unos pasos de mujer, por Lina Yegras y F. Fernández de Córdoba.
Los milloneros de Patichinele, por Marta Santalucia, Manuel Luna y Luis Peña.
Torbellino, por Estrellita Castro.
Parque te vi Borer, por Pastora Peña y Luis Peña.

Flora y Marlene, por Blanca de Silas y Pastora Peña.

Mi vida en tus manos, por Isabel de Pomés y Julia Peña.

Deliciosamente tentos, por Amparito Rivelles y Alfredo Mayo.

Un caballero famoso, por Amparito Rivelles y Alfredo Mayo.

Camponesa, por Eddy Sora, Carlos Muñoz, etc.

El hombre de los muñecos, por Freyre de Andrade.

Precio: 2'50 ptas.

Varios en existencia:

Cancionero Regional, 250 canciones regionales de gran éxito. 16 fotografías.

Cancionero al día, 100 canciones modernas. 32 fotografías y biografías.

Cancionero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.

Cancionero de los éxitos, 150 canciones de gran éxito. Jazz-Hot, Argentinos, Mexicanos, Cubanos. «Yotó», «La Centineta del Palaco».

Cancionero del momento, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 25 fotos exclusivas.

Cancionero Tropical, 129 canciones. Los éxitos de todas las películas sudamericanas, de Repertorio «Música del Sur», Ediciones Hispania, Armónico y Música Moderna, 8 fotografías.

Cancionero Flamenco, Repertorio, autores e intérpretes del día. 34 fotografías.

Cancionero de actualidad, Repertorio modernísimo. Los mejores intérpretes. Los éxitos más resonantes. «Si Fausto fuera Faustina», «Rumba a piques», «Una

rubia peregrina», «Luzes de Viena». Con 22 fotografías.

Cancionero «Penas y Alegrías», La canción más alta de Juanito Valderrama.

Precio: 2'50 ptas.

Cancionero Roberto Font, Los canciones máximas de este gran artista. Biografía. Anécdotas. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Precio: 3'00 ptas.

Emociones cinematográficas de un figurante (la vida de los «extras» en los estudios; alegrías y sinsabores de los «extras»; los secretos del cine). 3'00 papeletas.

Éxitos de humor, por Fidalgo Trimalción, 5'00 ptas. (Lectura hilarante, Optimista. Agradable).

Recetas de Prensa, por Antonio Lozada, 2'50 ptas. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, canción de Eddy que Gananova y Francisco-Ignacio Dittagius.

Precio: 2'00 ptas.



EN PREPARACIÓN, ENTRE
LOS MAYORES ÉXITOS:

EL JOVEN EDISON

por Mickey Rooney

A R G E L

por Charles Boyer

EL EXPLORADOR PERDIDO

por Spencer Tracy





